

EL JINETE ALCOYANO

Ramón Fernández Palmeral

SINOPSIS.- La historia tiene como fondo el cantonalismo alcoyano, los sucesos acaecidos en el verano del 1873 en Alcoy durante la I República.

Un anarquista condenado a garrote vil en la cárcel de Carabanchel cuenta a su abogado defensor, en primera persona los hechos de su condena.

Nos hablará la situación de los obreros textiles y la Huelga General, los amores furtivos con Doña Clara una dama casada con un importante alcoyano, el asesinato de ésta y las causas que llevan a este asesinato, son las claves de esta novela que es realidad es un *thriller*, con trasfondo político.

Narración trepidante, el caciquismo de los patrones, los anarquistas, la venganza y otros sentimientos humanos, son la clave para provocar un interés y una velocidad a la narración un tanto rápida y cinematográfica.

INTRODUCCIÓN

En 1983 con motivo de las obras de remodelación del edificio de los antiguos Juzgados de Madrid, se procedió al traslado y limpieza de los archivos cuyo volumen ocuparía una Plaza de Toros. Casi todos los legajos acabaron quemados en un basurero de Navalcarnero, salvo algunos sumarios indultados, supongo, por interés casuístico de la criminología o la celebridad de sus inculpados. La verdad es que legajos, fichas, papeles, cajones y cuando objetos pueden guardar un viejo archivo, se encontraban atacados por la inapelable sentencia de la humedad, la invisible polilla o la deformación de un nuevo cambio, o tiempo político.

Consumada la incineración, me acerqué al basurero de Navalcarnero, confiaba en mi olfato de perro perdiguero, pude hallar montañas de papeles quemados y otros a medio quemar que volaban entre bolsas de plástico, con una vara estuve hurgando en la hedienta basura hasta que descubrí un cajón de madera con fichas a los que no le había alcanzado el fuego, entre ellas había una libreta de pasta gruesa de una raya escrita a mano con una diminuta letra de clara caligrafía, pero tenía un problema: estaba escrito en valenciano.

En 1990 llegué a Alicante por razones de mi nuevo destino, volví a ordenar mi biblioteca y allí estaba la libreta cuyo contenido no podía entender. Un día, como el que no quiere la cosa, se lo enseñé a un vecino que habla y escribe el valenciano, me dijo con cierto asombro que tenía en mi poder una historia sobre un anarquista ejecutado en 1873. Me despertó la curiosidad, así que con mucha dedicación más el Diccionario Tabarca, he traducido la libreta y así ha quedado la trágica historia al más puro estilo griego, en honor a la verdad la traducción no es literal, tampoco es muy buena, lo siento, he aportado lo que sé de mis conocimientos de sintaxis, que no son muchos, ¿a lo mejor lo he estropeado?, he de reconocer que no soy ni un erudito ni un novelista, más bien un curioso impertinente.

He respetado la historia aunque parezca algo folletinesca en algunas partes, además la cuestión del anarquismo suena hoy día así como muy fuerte, como demasiado rotundo, y nada recomendable para los demócratas, pero qué le vamos a hacer, así se escribió la historia, yo no

soy el padre de la criatura. La libreta carecía de un título, a mi me ha parecido oportuno bautizar la historia con el pintoresco de “El Jinete Alcoyano”, así se asemeja un poco más al inimitable: “El Jinete Polaco” de Muñoz Molina, a lo mejor, pienso puede gustar a algunos lectores, quién sabe de los caminos del éxito, todo dependerá de la predisposición y sensibilidad de quien la lea.

Un saludo y a disfrutarla.

1

SOBRE FINALES DE NOVIEMBRE DE 1873.

ME ENVIARON A ALCOY para constituir el Comité Federal de la AIT (Asociación Internacional de Trabajadores), a pesar del encargo, perdí el control por culpa de la fascinación que me causó una dama colivenca llamada Doña Clara Rozalén, pero esta es otra historia muy de lamentar a la que le daré cabida más adelante.

Cuando su Señoría acabó de leer mi larga sentencia, tan sólo se me quedó grabada en la cabeza una corta frase que no me deja dormir en esta celda del corredor de la muerte: “... *sentenciado a garrote vil...*” Todo el tiempo permanecí en pie queriendo demostrar que era un reo entero y convencido de mis ideales. Aunque esperaba el veredicto, me invadió una extraña angustia, es como cuando sabes que te van a dar un “no” mas luego cuando te lo dan te sientes extrañamente humillado, y yo, en aquella sala del juzgado señalado por todos como un elemento de la culpa necesaria, un peligroso anarquista no agaché la caja encefálica, en cambio, por dentro solo me faltó llorar, pero no, no les iba dar ese gusto, tenía que enfrentarme con valentía a mi ejecución, al sacrificio por los obreros. De esta no me salva ni el Senyor Robot, pensé el día de su aniversario, y eso que yo no creo en milagros.

Nada más ingresar en la prisión madrileña, un prepotente funcionario de prisiones

encargado del rastrillo, gritó: ¡Venga, el siguiente! El siguiente era yo. ¿A ver, cómo te llamas? Me llamo Severiano Albarrana y tengo veintisiete años... ¿Quién te ha preguntado los años?, responde sólo a lo que te pregunte? Sí. ¿Sí qué? Sí, señor... Cuando terminé de dar mi filiación y recoger ropa carcelaria, firmar en un libro registro y dar la espalda, oí el comentario que hizo a otro funcionario: A éste caña, es un hijo puta anarquista... Era el primero de una larga serie de insultos.

El funcionario conocía todo mis datos, los tenía delante, en mi expediente, incluso figuraría mi apodo secreto entre los miembros de la Internacional, “Jinete Alcoyano”, sin duda lo que quería era provocarme, para de esa forma tener una justificación para darme una hostia, pero no le di el gusto, estaba cansado de correr por encima de la boca de los cocodrilos. Días después pedí recado de escribir y me lo trajeron. La verdad es que no sé para qué pierdo el escaso tiempo que me queda escribiendo este manojo de impresiones. ¿A qué seguir?, ahora a quién le interesa quién soy, dónde nací ni cuántos años tengo, estos datos, a nadie le importa, soy ya pasado, estadística, sedimento en los legajos de una prisión o de un juzgado. Las autoridades españolas quieren ajusticiarme en seguida, semanas próximas, cuanto ante mejor, al amanecer de cualquier día, qué importa la causa o los abominables delitos que he cometido.

A pesar de que no tenía ninguna defensa por mi actos criminales, la AIT (Asociación Internacional de Trabajadores) me envió un abogado defensor, a Don Anselmo Lorenzo, primero me enviaron a Alcoy para organizar la revolución de los obreros textiles y luego me envían a un abogado, y más tarde como última recompensa me pagarán un bonito entierro, y mi nombre en el cuadro de honor.

Ahora, tendido en el camastro de mi celda de aislamiento, trinchera de la desesperación, en la que he perdido el sentido del tiempo, disparo los ojos al techo, busco un desconchón, un punto de referencia para reconstruir mentalmente mi tiempo caducado, mi pasado turbulento, pienso largamente, siento que soy el hombre más solo y abandonado del mundo, tan triste como un arco iris al que le han robado sus colores.

Sin embargo, mucho antes de llegar a este anunciado final sucedieron múltiples contrariedades y acontecimientos.

¿Cómo será la muerte a garrote vil?, me pregunto a cada momento, a cada segundo de la angustia a lo desconocido, cómo se ajustará a mi cuello ese collar de púas del que un verdugo

anónimo y de nómina en el Ministerio de la Gobernación me pegará un tremendo apretón de tronillo, zarpazo hacia la otra vida, si es que la hay, o sólo faltara que la hubiera para seguir viendo injusticias y abusos, yo no creo en Dios, soy ateo por deducción matemática, el porvenir el hombre está en las ciencias no en el propio hombre, me quieren bajar a los infiernos con la mentira de una comedia sin final, porque el cielo es una metáfora demasiado compleja como para desarrollarla sin el adecuado material teológico, del que yo carezco, si resucita la carne, estará lleno de muertos. «Sed obedientes, buenos, sumisos, humildes» son los sustantivos abstractos que repiten los curas desde el púlpito los domingos (pedestal de palabras), con estos lavados de cerebro cómo se van a revelar los parroquianos corderos, hasta el punto en que nos dejemos martirizar por una jornada laborar propia de los esclavos, mientras la alta burguesía veranea en San Sebastián, viaja a París o recorre la Costa Azul y se gasta un par de millones de reales una noche en el Casino de Montecarlo, esa burguesía hipócrita que conserva la tacañería para sus obreros, que va a remolque de su propia moda, que le gusta la música seria y la ópera, la pintura figurativa y manda hacerse retratos al óleo de medio cuerpo porque el cuerpo entero es demasiado caro o demasiado cansado la pose, doble vida y *dolce vita*, sociedad con patina rancia del tiempo del absolutismo de Fernando VII o Isabel II, se creen pactar en los prados de la cultura y luego resulta que odian las vanguardias y todo aquello que les pueda cambiar lo más mínimos hábitos, visitan iglesias, dan limosnas a los pobres de la mano que creció mirando al cielo triste que no da más que algunas acribilladas gotas de lágrimas.

Los palos enderezan a los tierno, mis verdugos de nomina se quedaron con las ganas de que yo tomara del camino de aborrecerme a mí mismo, de sobrevalorar a los demás a costa de infravalorar mis convicciones. Por encima del sufrimiento y los que se quedan en el camino, existe un principio fundamenta: la lucha de clases y la injusticia social, el hombre se cree que al nacer se coloca en el mismo rango que ocupa su padre, que puede ser “noble” por heredar un título nobiliario, que es intocable porque posee fincas. Jamás se pasará a una clase superior si no es por el matrimonio, por el azar del cambio de fortuna o el uso de las armas del engaño y la estafa. Las clases acomodadas (amuebladas, aburguesadas, asentadas) no hallan tiempo de pensar en los demás, salvo los domingo cuando salen de misa y dan una irrisoria limosna a los mendigos que se disputan su derecho de estar en la puerta de la gloria, tienen tantos problemas que no pueden descender a clases inferiores, obreros que mueren de tuberculosis, niños

desnutridos que trabajan sin descanso o qué sabe el mundo, de otras miserias.

Una semana más tarde de mi detención en mi refugio de la calle Monteras de Madrid, una aterciopelada ratonera en la capital de España, ciudad a la que escapé después de los desastres de Alcoy, apareció mi abogado defensor pagado por la AIT, le conté los palos que me habían dado, hizo un gesto de sentirlo con el convencimiento que era lo habitual, parecía más interesado en que le contara detalladamente todo lo acaecido en el pueblo de Alcoy, en la jocosa y mal llamada *"guerra del petróleo o revolución del petróleo"*, parecía más para un informe a Francia que para mi defensa.

Mientras pasan los días atascados en la justificación de mi pena de muerte, sueño la realidad como un perfeccionamiento de mis errores en vigilia, soñar es como desprenderse de los residuos o las virtudes de una obra mal ejecutada o ¿soy la proyección de alguien que sueña?, no lo sé, es como desprenderse de lo que nos inmoviliza con gran frustración, sueño repetidas veces que soy detenido por dos policías de paisano que entran violentamente en la habitación de la pensión, soy el dueño del secreto.

Después de mi detención y una vez en los calabozos de la Dirección General de Seguridad de la Puerta del Sol fui golpeado, interrogado física y mentalmente según los manuales policiales más avanzados, primero con algún que otro aplauso en la cara, luego algunos puños cerrados impactaron en mi nariz, continuaron otros golpes en los costados, me preguntaban repetidamente por la pistola, ellos querían tener esa inefable prueba procesal, pero no la encontrarían jamás puesto que la arrojé al Manzanares, más allá de las profundidades del olvido y el arrepentimiento, hundida en el fango donde se armarán de odio las felices lombrices, al lecho de la memoria sedimentada. Siguieron a golpes arrancándome la verdad que ellos querían oír, mientras me orinaba de miedo cada vez que me llegaba una izquierda al vientre.

Estoy en una prisión de Madrid, me sigue doliendo el cuerpo por los palos, casi todo el día permanezco acostado sobre una manta pequeña que huele a sudor de caballo, no quiero tocarme la nariz ni las costillas, me parece que todo lo tengo roto, menos mal que no hay espejos, me he cansado de contar las mismas baldosas que me llevan al pasillo que conduce al deseado patíbulo de la muerte legal, de perseguirme a mí mismo, de mirar en el mismo punto de un desconchón o debajo de los barrotes de una pequeña ventana que no es cuadrada sino circular como el ojo de buey del camarote en un barco. Lo que más pena me da es que aquí no tengo un azul

mediterráneo asomado al círculo con cara de vecina que te trae caldo de pollo, y vuelta a empezar a contar pasos de los que he perdí la cuenta. A la hora del recuento me he de poner de pie en la puerta de mi celda, digo mi número 323 (tercer piso celda veintitrés) cuando ha finalizado el recuento me aplico en la escritura para descorchar memorias, luego bajaré al comedor común para la alimentación forzosa, puesto que comer por voluntad propia sería decir demasiado –potajes viudos, garbanzos y potaje, lentejas y potaje más una naranja, potaje con pan de algarrobas, garbanzos y potaje, un gazpacho andaluz con potaje y un potaje de postre-, me tapo la nariz mientras me meto exactamente veinte cucharadas, las mínimas para sobrevivir unos días y no darles la satisfacción de no tenerme que ejecutar. Otros presos comen cual caprichoso glotón que tras haber terminado el postre de una tarta de potaje se tomar el último trago de agua que reservó como un preciado elixir en un grial o en el centro de sí mismo como lugar más apreciado de su persona. El insomnio se ha instalado en mi ser siempre atento al dolor y a los pasos de la galería por si vienen a llevarme, a las llamadas de los alguaciles de prisiones (*boquis* les llamamos, porque son unos bocazas, no paran de dar partes de faltas, de coerción, de negarte lo más mínimo), en las que se anuncian visitas para los reclusos pero que ninguna para mí, estoy tan sólo que yo mismo me extraño de estar conmigo mismo, diálogos de celda a celda, próximas salidas y recados a las familias, yo saldré en un ataúd, convertido en un cadáver con el cuello destrozado y derrotado, cocido en zotal en olla de cobre como los gallegos cuecen el pulpo: metiéndolo y sacándolo. En el patíbulo el verdugo acobardado me romperá los dos músculos externocleidomastoideo, la laringe se cerrará en una mudez eterna, por la nuca me entrará un tornillo que como estoque de descabellar hará su función perfecta y esta vez condecorarán al verdugo de nómina con dietas por el Ministerio de la Gobernación y debería decir Ministerio del Crimen, por lo bien que lo ha ejecutado. Desconozco si mis padres saben de mi encarcelamiento y próxima ejecución a garrote vil, la verdad es que, lo que menos necesito es la visita de mi madre, no lo soportaría. Puedo recordar que mi padre siempre me decía *a los jóvenes os gusta mucho caminar por encima de los cocodrilos*. Quería decir que los jóvenes somos muy imprudentes.

Nunca me dejan bajar al patio de la prisión, mejor, allí abajo hace mucho frío, el invierno ha llegado poniendo sabañones en las orejas, cortando como un verdugo de hacha, disfrazándose de reptil, anuncio de lo que me espera, pero no tengo miedo sino más bien una sensación de

vacío, de no ser nada. No me arrepiento de nada. Medito sobre el flaco gobierno de la República, para qué ha servido tantas huelgas, tantas luchas. La monarquía se llevó todo su artillería, todos sus medios coactivos, sus recompensas: castigo o gloria, la dualidad más antigua, bueno o malo en igualdad de fuerzas o posee más fuerza el mal que el bien y por eso se desequilibran, se llevó a Dios con sus rayos, sus ángeles, sus plagas sobre Egipto, sus infiernos. Cuando hecho cuentas atrás, las semanas han pasado de prisa, los días no tanto y las horas fueron eternas al toque de silbato de los funcionarios que nos anuncian la diana, la fajina, la revista de taquillas, la retreta y el paseo a los no aislados como si esto fuera un buque escuela, fantasma paseando por todos los mares, una ensoñación obnubiscente de una elevación de barcos hacia las nieblas, la cárcel es un buque anclado en un muelle de la inexistencia, las horas se componen de seiscientos minutos llenos de desazón, de desesperanza, cárceles del cuerpo, del alma, del amor por Doña Clara, forzada cautividad, horas que suenan como cadenas al cuello de mi lenta agonía, no ya por reinserción, sino obligados a dar un ejemplo rápido y eficaz, cortar las manos del ladrón, la voz del que pide justicia social, no a la lucha, no a la insurrección, no a la revolución, sí a dejarse pisar por el botín superior del amo, dueño de nuestro destino en España. Yo quedo aquí para sublimarme del estado sólido al gaseoso.

Una mañana de septiembre me sorprendió una visita, la del abogado Don Anselmo Lorenzo, se había presentado para preparar mi inservible defensa legal. Le conocía desde cuando éramos estudiantes en Valencia en aquellos años de estudiante tuvimos largas conversaciones políticas. Ahora teníamos recelosa confianza. Me aconsejó que debía contarle toda la verdad aunque me doliera, yo ingenuo creí que me podía salvar la yugular del bocado del garrote vil. Empecé a confesarme, no sabía si iba a ser capaz de poder recordar los detalles de los trágicos días en el fallido Cantón de Alcoy y comarca de la Foia.

Escribo con dolor, quién me salva de la memoria torturadora que me persigue, del insomnio aterrador que me hace sudar? Todos me condenaron incluso la justicia parcial de la Historia.

– Mira Anselmo, por circunstancias que poco a poco te iré contando, los programas no salieron como pensamos, ya sabes que normalmente las cosas casi siempre salen mal. No cabe duda de que soy el mejor testigo pero no el más imparcial de los testigos de aquellos días de huelga general en el que han contado muchos muertos y heridos en Alcoy, puesto que ningún

testigo que puede perder la cabeza, es buen testigo.

–¿Cuéntame lo de las mujeres asesinadas? Apartemos por ahora la política de acción directa en Alcoy. La AIT quiere también conocer el paradero de los cinco mil reales que te dejó en depósito, no esta muy de acuerdo con tus planteamientos, los radicalismos, los fanatismos y los nacionalismos siempre llevan la violencia dentro.

En cambio, yo no quería darle respuestas concretas sobre los cinco mil reales, en la vida, las circunstancias no suceden así como así, de pronto, porque me da la gana, todo es como el resultado de una suma de pequeñas coincidencias, detalles leves, dependiendo de una si o un no que se da en un momento en el que no se sabe qué decir, somos personas muy distintas cuando hablamos en público que cuando lo hacemos en la vida privada, lo mismo se verifica cuando escribimos no somos los mismo, en la escritura da tiempo a reescribir en los tiempos muertos.

–Como tú sabes, llegué a Alcoy en el verano del 70 cuando me nombraron Secretario del Consejo Federal en Alcoy en el Congreso de Córdoba (ruptura entre el anarquismo y el marxismo), empecé a escribir manifiestas anarquistas con intención de remover el sentido sumiso y conformistas de los trabajadores. Tal vez se me fue de la mano el control de mis delegados. Estaban convencidos de que había llegado oportunidad de devolver al pueblo soberano el poder que le pertenece, no la demagogia sino con el cantonalismo federalista. Ideas que en el fondo estábamos convencidas de ellas y por esa las publicábamos en el Boletín Informativo, columnas de opinión que los patronos interpretaban coma subversivas, que no entendían el perder uno sólo de sus privilegios. Ficticias crisis que levantaron muchas veces la Prensa y que en realidad no fueron tan graves los sucesos ocurridos como los aparecidos en los artículos periodísticos. Posiblemente a alguno de los nuestros se le fue la mano.

–Una cuestión son las ideas y otra llevarlas a cabo.

–Pedíamos lo justo, lo razonablemente y geoméricamente proporcional: trabajo a salario. Consideré siempre que un Cantón semejante al de Cartagena, o parecido a los Estados Unidos o Suiza, una República Federal, era lo que más nos convenía. Nada del otra mundo que no pudiera ser posible. Teníamos el favor del diario “El Mercantil Valenciano”, radical, en favor de un cantonalismo y por tanto de la República Federal, y se encargó de levantar los ánimos deseosos de una independencia valenciana, un suelta posible del País Valenciano autónomo, en contra de las ideas monárquicas y masones en contra de la descentralización. ¿No crees que el

capital que produce una región debería reinvertir donde se produce, la tierra para quien la trabajo, la industria a los obreros, la carbón para quien lo extrae?

–Si yo esto de acuerdo con el marxismo, soy socialista, pero nunca entenderé el motivo por el cual actuasteis sin directrices de París, porqué os entró la furia de Caín.

–Había sucedido lo de Doña Clara Rozalén. La dama oriunda de Onil de la que yo estuve enamorado románticamente. Me encontraba muy apenado. Todo llegó por el estado adverso de los ánimos exaltados. Un día, a primeros de junio de este año, el *Tebas*, el hermano de éste y el *Tintas*, me dieron a elegir entre las bonitas idea y la acción directa, entre palabrear y la huelga, entre el saber y el hacer, me sentenciaron como un aforismo: "La pluma o la pistola", ha llegado el momento de la acción, del petróleo. Yo nunca quise coger el hierro de disparar, aquel negro instrumento cuya única función es la de matar o herir sin yerros, pero también es un producto destilado de la defensa personal, salvo que me viera en circunstancias muy desfavorables, acorralado, en definitiva, tomarla en circunstancias adversas, y que al final tuve que decidir en favor del arma de fuego, del arma del demonio, del arma vengativa y vociferante para hacerse oír. Siempre me opuso a matar a alguien.

–“Los oprimidos y explotados obreros –empezó a gritar el *Tebas* con espuma en la boca- del pueblo de Alcoy y la comarca de la Foia, estamos cansados del abuso de los patrones, de los malos salarios, excesivas jornadas de trabajo, explotación de los niños y abuso de las clases. Están preparados para una huelga general, primero celebraremos una asamblea en la Plaza de Toros, tomaremos las calles, la entrada del pueblo, fábricas y el mismo Ayuntamiento, yo a la cabeza”. Yo noté los ánimos muy exaltados, no había forma de paralles, si me negaba a actuar perdía mi liderazgo y la secretaría general. Además consideré que sería una verdadera negligencia dejar a los dos a su antojo, ¿no sabes como estaban de fuertes? Así que imprimimos carteles anunciando una Asamblea General en la Plaza de Toros de Alcoy para el 9 de Julio. En el mitin hablaríamos de la situación, la posibilidad de una huelga pacífica, pero nada de violencia con la que no conseguiríamos nada.

Don Anselmo y yo hablamos durante muchas hora y días de los sucesos alcoyanos, de ello sacaría argumento de defensa, el juicio oral se celebró 19 de Octubre. Como era de esperar el juicio se perdió, no por falta de una defensa letrada, sino porque los hechos fueron muy graves y tenían que buscar lo que se llama *un cabeza de turco*.

Ayer, por última vez, se ha presentado mi abogado defensor en esta prisión, no sé como tiene tanta cara, después de haber perdido el juicio. Dice que quiere solicitar un indulto ante el Tribunales de Gracia y Justicia. al nuevo Presidente de la República Don Emilio Castelar y Ripoll, por probar no será, aunque dicen que es hombre conservador de tendencia nacionalista, fuerte, con mano dura ante el anarquista, enfrentado el Ejército, seguro que no entiende la necesidad del cantonalismos, como una necesidad de las particularidades de cada región frente al mundo, su riqueza, sus Cajas de Ahorro con prestamos bajos, y no que el dinero se marche siempre a Madrid o a Cataluña.

A MEDIADOS DE MARZO DE 1872

LOS DOMINGO ALCOYANOS (esos días prepotentes y bien peinados, afeitados, perfumados y casi afeminados, días con corbatas bermejas en los almanaques y, además, provocadores de la envidia de los demás días de esa misma semana, porque se le supone que no trabajan y viven del cuento, festivos por decreto de la Iglesia -asamblea de cristianos- pero que no se cumple por el patrón,) me despertaba temprano y me quedaba en el *soñadero* o cama al rescoldo de mi propio cuerpo desollándome entre las sábanas mi piel de serpientes, dormía poco, repasaba exámenes y ponía notas en rojo como un traidor a los alumnos o cafres de mi asignatura de Matemáticas, suspensos que no me perturban el ánimo, placer, sobre todo al justificarlos ante las entrevistas con los padres de los alumnos.

Es que, es demencial, increíblemente demencial que algunos padres argumentan *reconozco la vagancia de mis hijos como un mal de la juventud, pero alabo su despejado cerebro como algo heredado de familia..* Otros más mano dura por el profesorado y no les importaba que usemos la palmatoria, u otros, medios disciplinantes. Creen que la inteligencia es hereditaria como el apellido o el dinero, comprendían que sus hijos eran unos berzas perezosos, pero compensabas tal pecado capital o más bien social con lo de la listeza congénita igual que el que tiene una mina secreta y por explotar. Al llamar vago y torpe y cabeza de chorlito a un alumno, los padres, se creen que ofendes a la familia entera.

Todo profesor debe poseer un instinto asesino, y si carece de él, al menos crearse un escudo protector para librarse del entorno agresivo. No era mi caso, disfrutaba poniendo un cero. En cambio, tengo compañeros que entristecen y se acobardan (depresiones), al verse incapaces de dominar su aula. Sueñan que los alumnos se le insubordinan. Me explico sobre el instinto asesino: psicópatas son aquellas personas que no se sienten culpable de lo que hacen y no tienen sentido claro de la justicia y carecen de sentimientos y de afectividad, pero no por ello han de ser asesinos, el lado psicópata del profesor es un asesino en potencia, pues de lo contrario acabará asesinado por los propios alumnos.

Mi alumnos eran de familias acomodadas, conmigo, habían caído en buenas manos. Mis alumnos eran vivos igual que conejos encerrados en una cúbica jaula, sobre todo para asuntos que no fueran las matemáticas, siempre imploran lástima, me estaban llorando y no sabe uno en realidad cuando te dicen la verdad o la mentira, su fin supremo es el mínimo esfuerzo, trabajar para ganar dinero, emular a sus padres y no dar golpe. Y es que, he de reconocer, que cada día llegan a las aulas alumnos peor preparados en la base y más cara duras: cero al cociente. Cuando me detuvieron todos se alegraron. Lo lamentable del estudio, es que no hay hijos de obreros, no se pueden permitir el dejar que sus hijos estudien. El analfabetismo en España, es una epidemia contagiosa, inagotable sequedad que nos llevará a la ruina.

Las clases no me dejaban mucho tiempos para las lecturas esenciales del socialismo teórico de Rousseau, o del socialismo revolucionario de Bakunin, que por cierto, fue expulsado el año pasado de la Internacional en Londres. Leer le Manifiesto de Marx y Engels, o El Capital me permitían sacar notas para mis artículos. A pesar de mis muchas lecturas, era con Bakunin con quien más me identificaba cuando habla de la emancipación de la sociedad con la abolición del Estado y de la Iglesia, todo por la creación de un mundo universalmente humano. Dormía muy poco, a causa de mis múltiples reuniones nocturnas y secretas, celebradas, unas veces, en el refugio del molino de don Fecundo Vitoria en Cocentaina, donde más tiempo pasábamos pues era allí donde teníamos la imprenta, otras en la habitación de la pensión calle Cordeta de Alcoy e incluso en una cabaña de *Les Peñes Raiges*. En ocasiones los debates se alargaban tanto que se prolongaban hasta la madrugada, aunque algunas veces aquellas discusiones políticas acabaran en un mus o en tute a cuatro bandas. Cuando viajábamos a Ibi y Onil para contactar con los obreros textiles de aquellas villas, procurábamos hacerlos en ocasión de las Fiestas de Moros y Cristianos, de esta forma nuestra presencia pasaba más desapercibida.

Mi ocio fue siempre resolver problemas matemáticos, escribir una imaginario epistolario a Doña Clara, o alguna notas como medio de evadirme de la presión a que estaba sometido por los malos resultados en las consignas anarquistas. Escribía en una libreta de notas:

«Alcoy es una ciudad de manos abiertas, a pesar de ello lo mismo te araña la cara que te besa en el mismo arañazo o te lame la santa sangre para no dejar huella de su zarpazo. Cuando la luna mora pasa por la sierra de Mariola se viste con sus mejores sedas, por el firmamento se pasea toda la noche tricotando estrellas, loca corre por la sierra de la Font Roja y la Foia de Castalla,

buscando un cobijo para quedarse. La luna es esa dama que pasa desapercibida por las nocturnas calles, sin apenas mirar a tras...»

Los domingos, sobre las diez de la mañana me levantaba de la cama, más tarde me permitía pasar por la pastelería-cafetería Serpis en la Plaza Mayor para desayunar una coca alicantina con un café doble con leche y leer el “Mercantil Valenciano”, el establecimiento lo regentaba doña Clara Rozalén, una mujer que debía acariciar los cuarenta, natural del pueblo textil de Onil del que siempre hablaba como devota de la Virgen de la Salud, de la cual tenía un retrato al óleo en la pastelería, poseedora de un dominio en el arte de la seducción a los clientes, una simpatía natural que le hacía parecer más joven de lo que en realidad era, de ojos transparentes y grandes como dos yemas azules en los que la luz se desmayaba, volátiles hacia el número infinito, boca bailarina de sonrisas, cariñosa y sensual, que al reír se le arrugaba los carrillos sobre la boca hasta las aletas de la nariz. A través de ella pude comprobar que los colivencos son gente muy arraigada a su villa, emprendedores y sobre todo abiertos a los forasteros. No es que me pasara por la pastelería-cafetería solamente para desayunar al olor del azúcar quemada y el horno caliente, sino para impregnarme de doña Clara, soñaba con ella apasionadamente y, para qué negarlo, estaba extrañamente “enchulado” con ella, si se puede expresar de una forma llana, encariñado, sería la palabra más exacta. Lo más lamentable y trágico de mi enamoramiento, ocurrió con su consorte y querido esposo don Sandalio Miranda *el Arquitecte*, un viejo alcoyano que había amasado una fortuna en la construcción de almacenes. No tenían hijos, quizá por los muchos años de diferencia, una carga mal estibada que siempre posee el peligro inminente de un corrimiento, no de la carga matrimonial que con ella debía ser todo un ejemplo donde se podría poner en práctica la verdadera felicidad conyugal. Las lenguas de víboras de la sociedad medio burguesa de aquel pueblo de la sierra de Mariola se cebaban como moscas sobre una herida llena de pus en aquel matrimonio, a ella le achacaban ser “demasiado amiga” del Alcalde don Agustín, y ale un cornudo.

Sobre la vida privada de Doña Clara todo eran habladurías en la vetusta Alcoy, era causa de mofa y chismorreos, envidias cochinas por no poder ser, sin duda alguna, tan hermosa como ella o suplentes de su futuro esposo y, todo, porque se relacionaba con la alta sociedad alcoyana, gracias a las relaciones de su rico esposo, masón y bien respetado. En ocasiones, cuando las mofas se referían en torpes y groseras especulaciones sobre el que su anciano esposo (veinticinco

años de diferencia) no debía servirla en el acto del matrimonio, yo no me podía reprimir y entraba en franca lucha verbal, pues mi madre siempre me enseñó a no callar cuando se tenía algo que decir aunque costara un disgusto. Yo era y sigo siendo un convencido anarquista pero ello no quitaba que en público me comportara como un caballero, no ahora, que soy un canario en jaula llenas de tristeza, sino que siempre defendí a los débiles y luché contra la injusticia y el abuso.

Pienso profundamente, que cualquiera de sus admiradores clientes y yo mismo, he de confesarlo, nos considerábamos más capaces de dar cumplida respuesta a la necesidades amorosas que, su amarillo esposo (seguro que padecía hepatitis) le pudiera satisfacer en la cuestión de los deberes maritales. Y es que las sospechas de una posible infidelidad de doña Clara, no eran para menos. Quizás uno de los síntomas más evidente de su expresión corporal, podía ser la de su vitalidad y la de tener siempre las manos muy calientes al devolverte el cambio, en ese acto te parecía recibir en la mano las ascuas de un carbón encendido que, a pesar de parecer por fuera frío, conserva por dentro todo un volcán. Además de su envidiable belleza cual una diosa del Olimpo, parecía ser la esposa ideal que todos codiciaríamos, o mejor debería decir desear más que admirar (admirar es mirar sin alcanzar) que con ese deseo de las cosas inalcanzables, supremas, todopoderosas. Yo no le encontraba fallos, incluso era buena conversadora, entendedora de política, cualidad ausente entre las mujeres de la sociedad alcoyana que huían de su propia ignorancia para no parecer tan torpes.

Con todo, ella, conocedora del poder incontrolado y perturbador de su belleza, no ya abrasivo, sino persuasivo hasta conseguir el más baladí de sus caprichos, de su exacta seguridad, por sus ojos azules oceánicos (mar condensado) le gustaba sentirse rodeada de hombres como si las demás mujeres le estorbaran, no tenía amigas, adorada como un fetiche de la suerte, devorada secretamente por las miradas de los varones que acudían a su local como una obligada parada de caníbales de la mejor escuela de imbéciles, calcando en ellas únicamente lo que podían robarle: una mirada.

Aquella pastelería-cafetería, centro de mi mundo sentimental, se situaba en lo que podíamos llamar el centro de Alcoy, junto a la catedral, disponía de unas amplias aceras para poner mesas en verano, calle céntrica en la que se habían establecido una sastrería militar a la medida y una tienda de ultramarinos. Tenía dos camareros delgados como lanzas. La fachada se

había modernizado al colocado un atractivo escaparate con cristales grabados, escalón de mármol granate alicantino, desde la acera se podía ver a los clientes sentada dentro como decoración viviente. En su interior se abría el espacio elegante de un patio cerrado como un foro romano, suelos de mármol rojo Alicante que daba pena pisar al semejar esas lápidas sepulcrales existentes en las catedrales que dan respeto, altas vidrieras decorada por Rius, columnas o segmentos de vectores de espigados cuerpos en hierros pintadas de rojo terminados con hojas de acanto, soportando vigas de un alto techo con arcos de crucero, mesas con estructura de hierro y reposadas de mármol blanco, espejos con grabados de Lorenzo Casona y Antonio Gisbert que anunciaban el Geregumil y otros productos de salud. Lugar acogedor por el agradable olor que salía del horno contiguo, y sobre todo, interesante por la gente que allí acampaba que, en realidad, era quienes lo hacían atractivo y, qué decir, de las tertulias que se formaban alrededor del fuego amigo de un veguero (una sola hoja) de la Habana, a ciertas horas de la tarde donde la conversación siempre versaba sobre los mismos temas: la desastrosa política de la República y doña Clara, llevadas por caballeros de distinto pelaje de alta sociedad, burgueses, adheridos como moscas al local como si fueran socios de un club cerrado, allí se hablaba de todo, pero con cuidado, cualquiera podía oír, no era como en el Casino que casi todos eran antiguos alumnos de una fallida monarquía.

Terminado el lento desayuno regresaba a la pensión y con gran placer aún sentía sobre mí ropas el recuerdo del aroma del café recién molido y el perfume de doña Clara con una fragancia fresca inconfundible a agua de rosas más el secreto olor de su cuerpo, siempre el mismo perfume manando detrás de aquellas orejas que de finas parecían quebrarse, más el sonido del frufú de sus ropas. En cuanto regresaba me aplicaba en el secreto regocijo de escribirle cartas anónimas de amor a doña Clara que jamás le envié, si era posible acostado en la cama y con las cortinas echadas para obtener más cuota de intimidad, bajo la trémula luz de una bujía, de vez en cuando descansaba para darle tiempo a que la inspiración apareciera en ese instante sublime cual una iluminación inesperada, y volvía a agachar la cabeza sobre el desierto de hojas de papel y a rellenar espacios vergonzosos de la memoria lujuriosa, poemas vibrantes de tristeza, solo míos, en mi alucinación de dudas veía caravanas de moras desnudas que bailaban la danza del vientre y en medio de esa irrealidad, aparecían oasis de borrones de tinta.

Un hombre es la suma de sus debilidades, y la mía, lo confiso ahora que nada importa ya,

es la impotencia, y creo que se debe a una simple falta de confianza en mí mismo, una impotencia que me sumergía desde la infancia, de cuando le dieron una paliza por masturbarse en un parque público. Y es que al escribir esas cartas de amor oculto, en las que me desahogaba lujuriosamente con un sentimiento licuante, a veces pornográfico, según el ánimo, era la forma de entrar en comunión con las mujeres, me sentía plenamente satisfecho al rebajarme a ellas. Me había enamorado idílicamente de esa mujer de ojos zarcos a la que no podía separarla de mi pensamiento, a pesar que me llevaba veinte años y estaba casada. Su silueta revoloteado en mi cerebro, el olor de su cuerpo, el recuerdo del sonido de su voz, sus palabras simpáticas, conseguían provocarme en los genitales un placer infinito.

Alma mía:

No puedo con tanto amor, menos mal que mi corazón es grande como un número infinito. Estoy triste, y poco a poco me muero hacia dentro, cínicamente por pasar por la cafetería para verla. Si no fuera usted esposa de un respetado alcoyano, ya sería para usted alfombra voladora, alfombra de camello a sus pies, y le pondría la calle llena canales de agua como en la Alhambra de Granada la sultana, y almohadones por todas las esquinas. Estoy enfermo por usted, padezca de amor, ya no veo a nadie en las calles que no sea usted, la ciudad está solitaria sí no estás tú.

Mi Clara, Clara mía. Permítame que la tutee, el usted me da miedo. Me intimida tu belleza, y es que no me atrevo a mirarte con ese descaro de algunos como Don Fermín que se la bebe cada tarde junto a la horchata. Yo meriendo horchatas, como horchatas sólo por verla, fúguese conmigo y le demostraré que no le defraudaré. Es el celo de sus labios, los guardias de tus pechos, la canea de tus ligas, la media de tus entrepiernas. Soy tu esclavo fiel, tu perrito de compañía. Té llenaría la boca de besos, esos labios que no son dos almohadas de caricias...

Aquel secreto epistolar de amor que escribía con tanta libertad eran afrodisíacos y, añadiría que, sin duda, vergonzosos por el vicio de la inútil manipulación del órgano a la hora de escribirlas con delirio, con un amor que se hacía carnal a través de la literatura, en el calor de la cama surgía la imagen de Doña Clara, su olor, las licencias que me permitía y la fuerza de una realidad imposible eran suficiente para gozar en la imaginación al capricho de mis deseos

irrefrenables. Me reconozco como un enfermo por la falta de virilidad. Al redactarlas sentía un placer en el máximo grado de intensidad, morbosa y definitivo. Temía que aquellos momentos de vida privada e interior me fueran robados o me descubrieran alguna vez el epistolario por indiscretos amigos que son a veces enemigos potenciales porque saben de ti más que cualquier otro. Como no hay secreto si los saben dos, yo no contaba nada a nadie de mi secreto amor. Fui incapaz de enviarle a Doña Clara una carta anónima o de hablarle con sinceridad de mis perturbadores sentimientos, era una mujer casada, digna de respeto, pero no por ello dejaba de hacerme sufrir con aquellos gestos, con sus labios provocativos del beso y su mirada en duelo de silencio, una derivada por resolver.

Mis asistencias a la pastelería, se debían, además de la locura de mi corazón enfermo de amor platónico por ella, a que los domingos por la mañana se convertía aquel lugar, bajo la luz de la claraboya, en oasis de obligadas tertulias donde se hablaba de política y de chismorreos de sociedad (ecos de suciedad), se leía el periódico y se podía escuchar opiniones que podían interesar a mis actividades extra docentes y anarquistas.

Lo más de memorable que me sucedió, que compensaría esta muerte que me espera, fue día cuando Doña Clara, más cariñosa que de costumbre, empezó a fijarse en mí, a mirarme de distinta con secreta intención, a comprender mi oculta ansiedad amorosa como si fuera arrastrada por un impuso olfativo que yo desprendía o de quien desprende por sus poros irresistible locura de amor, (como ese perro trufero que sabe que existe comida a diez centímetros de la superficie, en el subsuelo avaricioso), leyó mis pensamientos de deseo o intuyó que yo era alguien importante. Cambió su actitud hacía mi con imperceptibles insinuaciones de ojos ejecutores de las más variopintas y extrañas demostraciones, algunas veces, las mías, parecían cómicas como el macho de la avutarda detrás de la hembra en un campo manchego, corriendo detrás de ella más con la imaginación, ilusiones del pensamiento, que una apuesta formal y seria, que yo creí que era a causa de considerarme diferente a los demás clientes, atento, educado, elegantemente metido siempre en traje de sastre que hacía lucir mi figura tocada por un irresistible signo de seducción. Un día de verana entré en la trastienda, allí estaba ella, tuvimos un encuentro muy personal donde hubo insinuaciones de miradas de aceptación mutua en la posibilidad del compromiso cercano con palabras nerviosas de cierta intimidad, con la esperanzas de que en el futuro, si me portaba bien, que es una forma de que si respondía a cada

silbido o capricho, de forma igual que el niño que acude al estímulo de un caramelo para doblegarle a la obediencia, ella me aceptaría en su círculo cerrado y prieto de amigos importantes, yo diría que más que cerrado estrecho y secreto, pues en aquella mujer existía algo a lo que uno no era capaz de renunciar, y que de cuando en cuando uno decía sí cuando en realidad quería decir no, pero no era capaz de volver a rectificar por ese sentimiento de la carroñera timidez de no agradar o de ser rechazado, pues una cara que se pone seria no la aguanta nadie. En la trastienda la apreté por al cintura, le di un beso, ella se quiso deshacer de mí pero no gritó, luego me puso su dedo índice caliente en mis labios como si quisiera sellarlos, le pedí un beso, ella me lo regaló, la solté, he de confesar que en aquel momento yo no presagí que ella lo hacía por intereses ocultos, en aquel instante de agitación en que todo el cuerpo flotaba, no me di cuenta del señuelo que había dejado en mi corazón. Si padecía leves síntomas de insomnios, a partir de aquel momento se convertiría en crónico.

Recién llegado a Alcoy y llevado por las directrices de la Asamblea de Córdoba, que seguía las directrices de la Primera Internacional socialista de 1864, empecé la labor clandestina de pegar carteles marxistas, pastiches que me habían dado en Córdoba. Con el mensaje eterno de la Revolución Francesa en la que el hombre necesitaba ser absolutamente igual y libre, haciendo ver los abusos que se cometían en las jornadas laborales y la miseria de los barrios obreros, desahogando todo mi odio hacia el abuso de la burguesía y las oligarquía, dejándome seducir por la teoría de mis maestros en las bases de la igualdad, solidaridad y la *fraternité*, pero ¿quien leía en Alcoy y comarca?, si todos eran analfabetos. Más tarde, por motivos que le explicaré, todo se complicó, y pasamos a la acción directa.

Mi primer contacto en Alcoy fue con el impresor Manuel del Pino, alias el *Tinta*, natural de Onil, al que ya conocía, quien me introdujo en el mundo obrero de la zona, y me consiguió contactos que sin su apoyo no hubiese sido posible. Hombre sereno y valiente, de firmes ideales marxistas y dispuesto en su voluntad y ánimo a hacer lo que se le mandaba, primero tuvo una quincalla cerca del palacio del marqués de Dos Aguas en Onil, que dejó a su hermana para marchar a buscar la esquivada fortuna a Alcoy. Ese local colivenco nos valió algunas veces como lugar de reunión para celebrar asambleas con los obreros textiles de Ibi, Onil y Castalla.

Por un largo año me oculté bajo una doble personalidad, un hombre de doble vida: una como ayudante-profesor de matemáticas enamorado de Doña Clara, y otra como activista

anarquista más que solicalista con mis compañeros convertidos en cómplices de un asalto al poder social, cuadrilla que nos encargáramos de culminar la revolución obrera que necesariamente necesitaba el Cantón de Alcoy y su comarca. Por un lado había conseguido el primer objetivo: formar el Comité Federal de la Internacional con unos cuantos obreros, que se habían señalado como líderes en las fábricas. Me quedaba mucho por hacer, la de crear la fuerza necesaria y defensora de la dictadura del proletariado (problemas de la velocidad en la física como un concepto de derivadas políticas), faltaba pero se conseguiría.

Mi delegado primero en el Comité Federal, constituido según el estatuto de la Internacional y dependientes de Francia, fue Francisco Tomas Fombuena alias el *Tebas*, un joven de unos veinticuatro años, desvió en el tabique nasal que le daba un aspecto de boxeador, convencidos de la revolución social, dogmático, inflexible, originario de una familia politizada en la que, según aseguraba [...], trabajaba como oficial de primera en la textil: "Herederos de la Lafuente S.L.", verdadero laboratorio para nuestros movimientos de obreros.

El tercero de mis delegados, era José Fombuena, alias el *Manco*, hermano de el *Tebas*, había perdido la mano izquierda desde que tuvo un accidente laboral con una sierra y no le había quedado pensión de inutilidad para vivir y además tenía mujer y dos hijos pequeños, y es que como el *Manco* no trabajaba desde que perdió el brazo, no hacía más que mendigarle a su hermano, rondar y pasear, fisgar y criticar, con esta forma de pasar los días se convertía en el mejor de los espías laborales.

Otro colaborador era don Facundo Vitoria, resentido medio burgués, hombre de gruesa constitución física, de oficio molinero, no tenía opinión propia y todo le parecía bien con tal de salvarse de la ruina, cuando abría la boca se refería siempre a los sanguijuelas de los bancos y a la oligarquía de Alcoy, a los latifundios feudales *ahí está el verdadero enemigo, quien maneja el capital a su antojo pisoteando a los que dan un mal paso*, repetía siempre en nuestras reuniones, y es que el molino y una gran casona nos servía como refugio y para ocultar una pequeña imprenta clandestina.

Yo me mantenía en la idea de que el único criterio válido para juzgar la verdad de una teoría se ha de fundamentar en sus efectos prácticos, y para llegar a una revolución obrera faltaba mucho todavía, supuesto que primero había que organizarse, y para organizarse había que tener recursos y unidad, las grandes soluciones son la suma de pequeñas reformas. La idea de un

Cantón libre de Alcoy y la comarca de la Foia, no dependiente de Valencia, como el de Cartagena, era lo ideal como plataforma para conseguir ser poderosos y progresista, no como una conquista del territorio sino de una administración que proclamara la igualdad de oportunidades, repartiera la riqueza, acabar con la propiedad privada, la herencia, y podríamos ser autónomos, autosuficientes, a pesar de ello, los obreros no estaba preparado todavía para el espíritu asociativo, la solidario, la huelga organizada, les faltaba mucho por emanciparse, eran y sigue siendo sumiso al amo, condición para liberarse del compromiso temeroso. Por eso dije que no estábamos todavía preparados para actuar, que faltaba tiempo, ir mentalizándoles poco a poco, cambiarle las ideas arcaicas cuenta mucho. Había que empezar por la solidaridad y el asociacionismo, luego llegaría el sentimiento de país, lengua vernácula, diferencias propias, agresiones exteriores, injusticias, administración centraliza, pero no entendían estas ideas y a corto plazo no se podían tomar las armas y tomar el poder. Estuve en contra de la violencia que proclamaban los hermanos *Tebas* y el *Manco*, y de los falsos triunfalismos. En nuestras reuniones secretas llegamos al convencimiento que la revolución era una necesidad histórica, y si no lo era, había que hacerla, había que liberar al hombre de toda clase de alienaciones, gettos sociales de clases, no ya elevar el nivel de vida y sacarlos de la explotación sino el de su cultura, principios morales: el hombre se tiene que hacer responsable de sí mismo, y siempre terminaba con la misma frase: el marxismo es racional y libre de sentimentalismos. Yo era más radical abogaba por acabar con el Estado-Patrón que lo administra todo para conseguir liberar al obrero de todo tipo de presiones, burocracias, ventanillas, colas de pan, usuras que [...] Nada era necesario si el obrero tuviera el verdadero poder del pueblo o al menos la idea del Cantón Valenciano, como reagrupación del capital que diera viviendas y medicinas gratis, educación igualmente gratuita como única posibilidad de elevar el potencial cívico y social de un pueblo, solo los pueblos cultos pueden avanzar y tener porvenir en el contexto de naciones. Sin duda habíamos pasado del socialismo al anarquismo.

Lo malo del *Tebas* era su pronto, impetuosos al que no se le podía dar mucho terreno de margen en las decisiones, tenía ideas fijas y estaba lleno de odio, poseía grandes ambiciones de esas que llaman napoleónica o de Imperio, movía muy bien a los obreros de su fábrica desde su privilegiado trabajo como oficial de primera y no podía prescindir de él. La fábrica se especializó en la manufactura de mantas servía al Ejército Español, la regentada por Don Vicente Lafuente,

hijo del difunto empresario Don Roberto Lafuente, centro de vital importancia para su control. Don Vicente era soltero y burgués de vicios todos y además [...], le gustaba gozar con su apariencia de conquistador femenino, prepotente, déspota y cruel con los obreros, conservador, pero de ideas progresistas en asuntos de meter maquinaria en su fábrica, y no el de favorecer a los obreros, hablaba inglés y había viajado varias veces a Gran Bretaña..

El *Tebas* y yo discutíamos siempre, él no se bajaba de la burra, *abajo con las armas del Estado, Iglesia, los masones y los ricos*. Pero yo no oí o no quise entender aquellos primeros aviso de el *Tebas* sobre comprar pistolas y explosivos, para él suponía entrar en una nueva etapa, pasar de la teoría a la lucha violenta como único medio de llamar la atención de los gobiernos, la subversión como única posibilidad de torcer la voluntad terca del amo, quería decir, en definitiva que habíamos entrado en otra fase: la movilización general. Yo discutía, *no es así como la Internacional entiende las cosas, la huelga general y la asociación es la mayor arma que tiene el obrero*, intentaba hacerle comprender esta premisa, sin embargo, él no entendía cómo los obreros podían dejar de trabajar, los despedirían a todos, o los molerían a palos el matones de los patronos. Con largas conversaciones le pude frenar, un tiempo leve, pero solo un paréntesis corto.

Reconozco que mis habilidades oratorias, mi verdadero poder se encuentra en la teoría del discurso más que en la acción, en la pluma y las matemáticas más que en las armas, es decir, en el diálogo tenso o el juego de la palabra escrita, en el ajedrez combinado de las ideas, capaz de convertir una frase ligera en la fuerza aceleratriz de masas o cociente de incremento, una frase en un hecho posible de realizar, un hecho ilegal en algo legal y a la vez merecido; pero nada más, un teórico convencido marxista y anarquista, nombrado secretario general del Consejo Federal, por mi verbo a pesar de mi juventud, veintisiete años, aunque aparento treinta por mi barba cerrada y poco pelo que disimulo gracias a mi gorro de lana.

El don de un líder es aquel en el que se da cuenta de que la gente le admira por su capacidad de convencer a los indecisos, o cuando consigue hacer algo muy difícil para sus seguidores y, en cambio, muy fácil para él.

El mal humor y constantes cabrerros (contra todo lo que suponía poder y herderos) de el *Tebas* no se podía entender sin la turbulenta relación con su patrón Don Vicente Lafuente, existía enemistad manifiesta, no ya por sus diferencias sociales y laborales, sino personales, por la

rivalidad en la conquista de María Avos, joven sobrina de Don Facundo Victoria. Tenía el *Tebas* un fuerte opositor, puesto que con veinticinco años, Don Vicente se convirtió en uno de los herederos más pretendidos en Alcoy, se puso al frente de la empresa y de la patronal a causa de la desgraciada muerte de su padre por la caída de un caballo cuando cazaba el jabalí en una finca de próximo a la Peña del Águila, deporte cinegético al que era muy aficionado. Además, el joven Don Vicente era emprendedor y ambicioso, tenía proyectos de mecanizar su fábrica para fabricar telas color de cáñamo caki para el Ejército, y se rumoreaba que toda esa nueva inversión iba a salir de la reducción de plantilla y salarios, lo cual le convertía en una de más personas más odiadas por los obreros, y señalado como un demonio, uno de los objetivos a castigar. La verdadera fortuna de esta familia no la hizo el difunto padre, que fue un vividor y un [...], sino el abuelo Don Joaquín, un emprendedor emigrante catalán de Mataró que construyó sobre 1838 una fábrica textil junto a una acequia de agua, con una concesión en exclusiva con el Ministerio de la Guerra para poder fabricar mantas, no sin antes ahondar y ensanchar los bolsillos al altos funcionarios [...]; los contratos con el gobierno de la monarquía se conseguían si dabas una fuerte comisión a los intermediarios, que eran los que firmaban las adjudicaciones o, por el contrario, los ingenuos se quedabas mirando a las estrellas de San Juan. El abuelo, dicen los que le conocieron, era un caballero con agallas y de vista de lince para adivinar por donde rodaba un ochavo de plata. El joven Don Vicente había heredado esta vista comercial, pero tenía una debilidad, por donde se le podía atacar: la prostitución.

La rivalidad entre el *Tebas* y el joven Don Vicente, se agudizó cuando Don Vicente se presentó en casa de Don Facundo para pedir la mano de su sobrina María Avos, joven cándida de rostro blanco y añado, mirada baja y cierta timidez de poco años. Aunque ella se dejaría llevar por los consejos de su tío Don Facundo en el interés general de un buen matrimonio, y de alguna manera fue obligada a aceptar las visitas de Don Vicente Lafuente, sin duda, un partido mucho más apetecible que un oficial de primera, sin futuro. Pero, no por esta ventaja y afortunadas visitas los jueves por la tarde y los domingos a la misma hora, el frustrado pretendiente, el *Tebas* renunciaría al imposible amor de ella, con el suficiente disgusto de la familia de Don Facundo, que se encontraba en el dilema de rechazar a uno con la consecuente enemistad y admitir a otro con el consabido perjuicio. Sin duda el mejor partido para bella María Avos era el rico de los textiles, todo vitalidad, exuberante, abierta, dicharachero, de

melena abundante y ondulante como los árabes, sus ojos altivos y sin complejos propios del que está respaldado y fortificado por un capital.

Para Don Facundo, como molinero en la ruina y con vistas a poder rehacer su negocio, además había suavizado su posicionamiento crítico, ya no le importaban ciertos ideales, había cambiado, ya no le importaba tanto que Don Vicente sustituyera toda la maquinaria hidráulica y antigua por otra inglesa de vapor con detrimento de la mano obrera, el novio de la niña ya no era tan demonio, aunque su actitud fuera un mal ejemplo para las demás empresas textiles, ideas con las que había que acabar por las buenas o por las malas. Incluso se habían contratado a mantenedores extranjeros de las máquinas inglesas de hilar, y que algunos extranjeros montaron talleres propios, como los Lafork, dos hermanos de Liverpool afincados en Alcoy. Acabar con las ideas de mecanización de Don Vicente y otros empresarios imitadores, que tanto trabajo estaban quitando, fue nuestra objetivo primordial. “Abajo las maquinas”, fue el titulo de otro de mis panfletos clandestinos.

3

FINALES DE 1871.

LA MUY NO LEAL e industrial ciudad de Alcoy se cobija bajo siete colinas cual la Roma Imperial, rocosos mitos gigantes que la abrazan y protegen en una pintoresca depresión verde entre las sierras de Mariola, Molina, la Serreta, San Antonio y la Font Roja, de cuyas fuentes en llama nacerán míticos arroyos: Molinar, Barchel y Fillol para excavan el encajonado Guadalsepí. La noble ciudad vigilada por los Siete Vigilantes la mantienen a salvo del tiempo antiguo, al plagiado cielo se asoman altivas almenas que resisten la columna del viejo castillo árabes, rotos lienzos de muros encrestados, atalayas y cárcavas, desfiladeros angostos, bosque de carrasca, pinos y águilas de invierno.

La tradición histórica cuenta que en Abril de 1276 hubo un levantamiento de moros al mando del jefe Azraq, en un intento de recuperar el dominio de esta afortunada plaza que ya era un importante centro fabril, en la contienda entre moros y cristianos bajó San Sardán de los

cielos y ayudó a los cristianos en la victoria, por ello, en el mes de abril de cada año se celebran la fiestas de “Moros y Cristianos” donde se lucen ropajes de terciopelos, trabucos de pólvora negra, espadas y rutilantes alfanjes de geometrías diversas, cascos de fantasías, cohetes y música, mucha música para entretener los estómagos vacíos de mucha gente.

La fuerza mecánica de las aguas –azud, norias, acequias, turbinas, canalizaciones, saltos, represas-, situadas estratégicamente en los arroyos y la del río Serpis y otros afluentes ha sido siempre fuerza motriz de la industria papelera, textil, alimenticia, fosforera y licores. Los más laboriosos de esta tierra fueron los árabes, antes de ser conquistada la ciudad por los cristianos. Pero antes fue ciudad ibérica y cartaginesa El *Coll*, y romana después. Luchas, espadas, escudos, mandobles, catapultas, asedios, reconquistas, almenaras, matacanes, castillos, rastrillos, cascos, armaduras, hambre y sangre (palabras que deberían ir junto a la palabra guerra), se debieron fundir para crear una ciudad, que en 1299 la Corona de Aragón la cedió en feudo a Roger Lauria. En estas tierras también estuvieron griegos, fundaron Onice (Onil).

Tierras de Alcoy en agreste y fértil valle, encajonada entre ríos y montañas como un fiero minotauro al que hay que embolar las astas con brea y prenderle juego con una llama de tea imitando a nuestros antepasados ibéricos, aunque sea una brutalidad, ciudad cegada por la luz que reflejan sus montes aledaños como espejos sin un árbol a la redonda porque se cortan para combustible, cielos apaciguados, fraguas, fabricas, palacios, murallas, exiguos parques con ficus, prisión, cuartel de la Guardia Civil, casa de hospicios, Ayuntamiento, colegios, viento en octubre, la plaza con un árbol lleno de remos donde los pájaros tienen su galera para remar la viento, las palomas su acrópolis, calles llenas de reflejos en los atardeceres agonizantes, tiendas y ventanas, letreros de letra redondilla y gótica... En 1868 se sublevó contra Isabel II.

Las calles se levantan cada mañana con obreros venidos de las comarcas vecinas y de todas partes de la rural España, sobre todo de la Mancha y de Andalucía, que llegaron buscando trabajo para quitarse las miserias en una industria textil floreciente y sedera, que exporta manufacturas de tejidos, estambres, sedas, anascotes, bayetas, calamandrinas, buratos y ebanistería a toda España, a Flandes y a las Indias, a la vuelta, con el producto de las ventas, los barcos valencianos traen grano, cueros, azúcar de las antillas, maderas y hasta algodón de Nueva Orleans. Con excedentes de las importaciones se venden a Barcelona o incluso a Italia. Allí se habla valenciano si quieres entenderlos.

Pero en aquel tejido industrial anidaba escondida la araña de la muerte, una sociedad marcada por las diferencias de clases sociales. Un conjunto de ricos comerciantes que no pensaban nada más que en su propia riqueza, por otra parte estaban los explotados obreros que reivindicaban y reivindican mínimos derechos como seres humanos. Teníamos la obligación de cambiar el inamovible estado de las cosas. Las leyes las escribe el hombre y como hombres se pueden modificar, todo se puede modificar con voluntad y pequeñas reformas.

Llegué por primera vez a Alcoy en el verano de 1871 al ser nombrado, como ya conoces, Secretario del Comité Federal de la AIT, aunque mi trabajo del que yo vivía era el de ayudante profesor de Matemáticas en la Escuela Técnica Industrial -escuela que empezó a dar sus clases en 1829 gracias a una ordenanza de la Real Fábrica de Paños-, me daba para pagar una habitación en una pensión la rambla sur, barrio obrero, no lejos a la Plaza de España en calle Cordeta, además, para ganar algunas pesetas daba alguna clases particulares por las tardes. El *Tebas* y yo discrepábamos constantemente, pero sobre todo, por el hecho de dar yo clases particulares a los hijo de la burguesía, a Alfonsito, hijo del terrateniente Don Cifuentes; y también a Almudena, la hija de los Ridruejos el banquero, caso raro en Alcoy que un padre quisiera que su hija adquiriera cultura en vez de buscarle un marido bien asentado en la industria textil. Enseñanzas particulares que me afeó el *Tebas*, argumentando que al impartirlas a los [...] Me acusaba, injustamente, de que con mi actitud pedagógica, ayudaba a los burgueses a saber más, con ello los alejaba de la igualdad proclamada por Rousseau en el *Contrato Social*, y de la igualdad de oportunidades, lo que no entendía mi delegado era mi particular situación de privilegio, puesto desde donde yo metía las narices y la oreja en casas de ricos, donde me podía enterar de muchos asuntos domésticos y donde me adentraba en el sentir de la alta sociedad. Además las clases particulares que impartía eran necesarias para mi subsistencia, pues en la escuela Tecnológica ganaba muy poco.

El *Tintas*, hombre prudente, al que nada se le pasaba desapercibido, también me advirtió, *mi paisana solo te va a traer problemas*. No reparé de momento pero era evidente que se trataba de mi cortejo con Doña Clara, los dos eran colivencos. Por un momento pensé en que él había descubierto mi epistolario secreto, luego le pregunté si la conocía con más intimidad. Me respondió con cierta broma, *en Onil la conocen por "La Romana", su padre tiene una pequeña fundición donde fabrica romanas, de joven abandonó la casa paterna y se vino a Alcoy, ella es*

una perdiguera, ya sabes, una perra de caza, no le importa nadie más que ella y sus intereses, en cuanto se casó con el Arquitecte compró la pastelería-cafetería. En aquel tiempo no seguí su consejo, pero ahora entiendo que debí hacerlo.

Cuando estudiaba Magisterio en Valencia mi padre me mandaba poco dinero, para compensar la diferencia intenté escribir folletines por entregas copiando a mi admirado José Zorrilla, luego me pasé a los artículos de prensa con la furia de Larra o Alonso Cano, por supuesto, carecía del talento narrativo de estos ingenieros de la prosa y del verso. En "Las Provincias" me pagaban muy poco, escribir está mal vista en España, además la autoedición parece como si el genio se paga su genialidad, el futuro escritor debe ser descubierto por un crítico influyente, ¿cómo se van a descubrir los genios, si no publican? Al que empieza hay que hundirle, pues si sale a flote ya tenemos a un nuevo competidor. También escribía sonetos y poesía lírica que se considera oficio de niños de papá, obras que no vieron la luz, no por falta de ganas, sí por falta de algunos reales. En el fondo mi ilusión hubiera sido ser un novelista famoso, pero no cuajó, todo se quedó en eso, en intentos fallidos, no obstante yo seguí con mis estudios de Magisterio en Valencia como única salida para lo que se llama un hombre de provecho.

Al escribir los artículos de opinión política con todo el odio de mi alma, fue cuando tuve cierto éxito, y el editor del periódico me dijo que adelante, sobre todo con aquel artículo que titulé "¡Basta ya de caciques!", pero le ocasionó una multa del Gobernador Civil de Valencia, y no ya no publiqué con tanta furia, pero éste tono me valió para que alguien se fijara en mí, me vino a buscar Manuel Pino, alias el *Tintas*, miembro de la Internacional de Trabajadores, me propuso que le escribiera artículos de esa factura, que tanto gustaban a los obreros, y que él editaría clandestinamente. ¿Recordarás que él fue quien nos presentó a los dos en Valencia cuando estudiabas Derecho?. El *Tintas* y yo asistimos al Congreso de Córdoba donde se nos propusieron instaurar un Comité Federal de la AIT en Alcoy y comarca.

El Casino Mercantil de la Plaza de Mayor, cumplía perfectamente su función de aislarse del mundo obrero, oídos sordos a los problemas laborales que cada día surgían en la calle cargadas de gritos sin que ninguna de las reivindicaciones fueran oídas ni atendidas. La planta baja disponía de una barrera acristalada con cortinas que les separaba de la vista de calle donde, al sentarse, los socios, en los amplios sillones de cuero, parecían que se lucían en un escaparate.

En un salón se podía ver una vitrina cerrada con anaqueles libros que hacía las veces de biblioteca (donde yo acudía para alquilar libros de poesía gracias al favor del señor Cifuentes), si te se ocurría pedir un libro político, el conserje te lo entregaba con ira de quien ejerce el poder de la censura. Allí acudía un joven intelectual Pepe Llorens, hijo de un afamado poeta alcoyano, eran de esos soñadores en creer que la maldad del hombre es inversamente proporcional a la cultura, me dijo que estaba tentado en abrir una librería en Alcoy, estaba buscando un local adecuado en calle Mercado, le dije *acabarás por cerrarla, quién te va a comprar un libro, será un fracaso*. A pesar de negar lo evidente me respondió asomando los ojos por encima de la montura de las gafas *cuando uno tiene fe en un proyecto siempre sale adelante, y si todo fracasa siempre te quedará tu orgullo*.

En el primer piso del Casino jugaban al ajedrez, al tute y al monte un grupo de eternos ganadores, porque nadie que juega dice que pierde, era el salón de los juegos, se veía a la gente más increíbles, donde se podía oír discusiones baladíes.

La costumbre del Casino Industrial y Mercantil era la de no cobrar directamente a los clientes, sino apuntar la consumición al “Debe” y lo iba pagando mensualmente. Cómo se le iba a ocurrir al camarero cobrarle un café a Don Eulalio, el cura párroco, hubiese sido pasado por las armas de su anillo, al que había que besar constantemente al saludarle, era un beso en su desproporcionado sello episcopal de oro maciza. No jugaba a las cartas con los socios pero fumaba en un rincón del Casino. Una vez un camarero aprendiz que le quiso cobrar recibió dos yemas en cada cara, sumaban cuatro tortas, sin mala intención, un accidente por supuesto, sin querer, el anillazo en el hocico que le hizo sangre. *“Hereje besa el símbolo de la Santísima Iglesia, besa otra vez hasta que Dios te perdone”*. Después despidieron al camarero como era de esperar, con humillación, delante de los demás camareros para que sirviera de escarmiento, en aquel Casino Mercantil católico donde los sillones eran de cuero masticado por niños esquimales.

Algunas tardes, con motivo de acudir al Casino a entregar o recoger libros, aprovechaba para arrimar la oreja en las conversaciones de los socios, no intervenía, a menos que me invitasen, sobre todo en aquellas tertulias de brahmanes, en las que se hablaban en valenciano, pero que yo les entendía perfectamente, a Don Fermín Cuesta y Don Vicente Lafuente y a Don Julián Cifuentes que, algunas veces, me invitaba a tomarme un café expés a su cuenta.

–El pueblo solo hay que darle lo que se gane -comentaba Don Julián, cacique y dueño de la textil Inmolata S.L., mientras se fumaba un veguero, al que parecía colgado más que sostenerlo con los dedos limpios y la uñas bien cortadas-, son unos vagos, no quieren trabajar, esa si mucho sueldo y poco rendimiento.

–Tiene usted razón, Don Julián, eso tiene que ser así siempre -aseguraba Don Fermín Cuesta, dueño de tapicería La Encina, y hombre de agarrado bigote hasta las orejas-, todos los males de España se deben a no tener una mano dura, ahí tenéis a Don Estanislao, un hombre blando, partidario de soluciones pacifistas y que creía, ingenuamente como un cura, en la innata bondad del ser humano, ¡qué risa! Un tremendo error, ¿no la cree?, y por esa se tuvo que marchar, cuando se dio cuenta que paños calientes no valen en este país, hay que dar leña. Los obreros unos vagos, son gastosos y en cuanto les das un real de más te piden otro, si les quitas una hora te piden dos. Hay que dar cuando la cosa se vea muy mal.

–Así no vamos a ningún parte –dijo don Fermín- Yo digo lo que Don Julián que solo hay que dar pan cuando la cosa se vea muy complicada.

–¿Y usted cree, que los curas son todos santos? –preguntó Don Vicente, cambiando la conversación.

–...me deja mudo -añadió Don Fermín- poniendo las manos en banderas de ofrecer explicaciones.

–El cura está convencido de que la gente no colabora con la Iglesia lo suficiente y se le van a ver los techos, y ha dicho que no va nadie a cielo si no se arregla antes el trampolín de la iglesia de San Jorge.

-Dejaron este dilema saldado, y entraron en otros temas, repetidísimos de siempre.

-Con el Rex Fernandus VII y la Sállica [Isabel II], esta situación de inseguridad -entró en conversaciones Don Vicente Lafuente- que padecemos de huelgas y manifestaciones, contrarias al progreso industrial y al avance del país, no hubiesen ocurrido. Yo he traído la última maquinaria inglesa para caldar e hilar, ayudar de esa forma a los obreros a poner en el mercado productos más baratos, y ¿cómo se me paga?, convocando y haciendo huelgas salvajes. No creo que las máquinas quiten trabajo, creo que lo dan, Alcoy ha ido aumentando su población, ahora hay más de diez mil obreros foráneos trabajando, en esta tierra de milagro.

-¿Y usted no cree, que los curas deberían alabar un poco a los empresario en el sermón de los domingos -preguntaba don Fermín.

-Hombres, podría hablarse con él.

La conversación sobre una cuantiosa limosna a D. Eulalio quedó en el aire, y siguió por otros rumbos.

-Tienes razón Vicentito -dijo D. Julián cariñosamente- ¿qué hay aquí?, solo hombres y manufacturas. No tenemos materias primas, todo ella se ha de traer de fuera a Alcoy y por que los alcoyanos son emprendedores desde siempre. Tenemos las peores comunicaciones del país, un clima frío, lejos de los puertos marítimos. Cerros por todos lados, una ciudad dividida por el Guadalserpi y sus afluentes. Ya sé que el es agua la que mueve las máquinas o ¿acaso no hay lugares más hidráulicos?. Nuestra necesidad no es la energía sino una buena política.

Esta conversación era la eterna, la manía de siempre, se empezaba por hablar de política local, por un suceso sin importancia y se acababa en diálogos inútiles, espinosas o fuertes y sin solución.

Cuando salía del Casino me cogía de paso la pastelería-cafetería Serpis, al pasar por su moderno escaparate miraba a través de los cristales, paraba, pensaba en la arenga de *el Tintas* y pasaba de largo, luego, a unos paso, retrocedía otra vez como atraído por una mano invisible que me cogiera del brazo, y lleno culpabilidad entraba al palacio de mis fantasías eróticas, al edén donde más a gusto me encontraba, más que ningún otro paraíso, no era más que una irresistible artimaña para ver a Doña Clara. Casi siempre me sentaba cerca de la caja registradora, lo más próxima a ella, el joven camarero me miraba con cara de cómplice mientras me servía una horchata en la mesa. De nuevo perdía mi condición de asalariado revolucionario para convertirme hombre de corazón burgués enamorado, con una pasión inconmensurable, entraba en el vacío del aire perfumado a agua de rosas, tal vez, flores traídas de un lugar oriental donde las rosas deberían de ser grandes como girasoles, porque su perfume se percibía a distancia, posiblemente confundido con el olor natural de un cuerpo tremendamente femenino imposible exhalara sudores con hedores terrenales.

Allí, sentada frente a la caja registradora, aparecía siempre Doña Clara con una cofia de encaje blanco sobre el pelo rubio siena como orla santoral, sus zafios ojos me intimidaban hasta la pérdida del conocimiento, una exótica musa despistada del Olimpo mítico acudía a la hora

exacta, dulcinea infrecuente, gloria terrenal, los brazos siempre ocultos por unas mangas para servir deberían de ser redondos y blancos con vellos rubitos y locuelos, pensaba, lo que más le afeaba era su inevitable estado civil de casada con un cuaternario. Una de los secretas mejor guardados de Alcoy, era la forma en que se sujetaba el pecho, siempre derecho, su cintura de imposible perímetro del corselillo ahogaba los pulmones. Casi siempre me sonreía al cobrarme la horchata bajo la luz se le veía el haz de arruguitas discretas junto a los párpados y unas pecas simétricas en la graciosa nariz. Toda la aureola de belleza lo perdía por haberse casado con don Sandalio Miranda el *Arquitecte* que celebraba su sexagésimo aniversario, y, es que, aquella hembra no podía tener bastante con un pedazo de carne cuaternaria. Doña Clara era una mujer discreta, amable, simpática, emprendedora, dicharachero, yo le daba bromas y en la forma de yo mirarla, ella adivinaba mis pensamientos y me hacía sufrir más que a los monárquicos, porque ellos siempre fueron unos soñadores de lo imposible.

–Me gustaría acompañarla a su casa cuando cierre la pastelería.

–No es necesario, recuerde que siempre viene mi marido.

4

A MEDIADOS DE JULIO DE 1871

–Bolsín de Valencia -leía a viva voz del "Mercantil Valenciano" un hombre gordo y con barba, sentado en una de las sillas de madera pegadas por el borde superior a una pared de azulejos de la pastelería-cafetería Serpi una mañana de domingo- la sección de ayer terminó con una pérdida de 3 puntos, 1'50 por ciento, con la que vuelve a bajar la cota de los 100 puntos. La Real Textil Alcoyana, que cotizaba siempre al alza empezó su caída precipitada hasta la cota de los 500 puntos. El negocio, sin tantas aplicaciones, se situó por debajo de las Jornadas precedentes. Al cierre del continuo se había contratado 40 millones de pesetas. Por grupos.

Todo los índice sectoriales acumularon pérdidas. La más perjudicada por las órdenes de compras fue el sector textil ...

-!Bien! ¿quién le escucha?, deje el periódico que la única verdad es la fecha, y tómesese el café que se enfría con esa magdalena de horno -respondió Doña Clara desde tras de la barra.

Era la primera vez que, por casualidad, me hallaba en aquella elegante pastelería, y no sabría explicar, cual fue la causa de verme allí de frente y mirando a la cajera Doña Clara, nariz con nariz, inmovilizado, tratando de adivinar aquel aire misterioso de profunda meditación que habitaba en sus ojos. Me preguntó en valenciano qué quería, luego me sirvió una infusión de manzanilla, y al coger la taza tropezó mi mano contra su mano, y en esos momentos como si de un chispazo se tratara me miró a la cara con mirada de nínfula recién aparecida entre el duende azucarado de los pasteles, percibí su perfume a agua de rosas como si se le desprendiera del pétalo de su desnuda cuello de chirimoyo, su piel deslumbrante, su pelo recogido en un gran moño esponjado y decorado con una especie de peineta de carey con perlititas y una cofia, en sus ojos azules vivían dos parábolas de ilusión que disipaban la oscuridad de este *aparcamundo* de miserias. Me presenté como profesor recién llegado a Alcoy, y de ahí nació una inesperada amistad.

Cuando “El Mercantil” quedó libre de lector se lo pedí, hojear la sección de política nacional, me preocupaba la economía y si los cambistas se tranquilizaban o dejaban salir el papel. Porque este mercado de valores supone el índice más claro de la salud económica de una nación. El miedo a la inestabilidad de la nueva República llevaba a la ruina al país. Era necesario establecer un cantón libre de Alcoy. Además de la lectura mi interés era mirar a doña Clara Rozalén y esperar a que ella me mirara también con esa complacencia agradable del buen encuentro, no era una cría ingenua sino una mujer segura que se asomaba a la flor de la exquisita experiencia, esa realidad a mi me entusiasmó, a mis veintisiete años, las mujeres que me duplicaban la edad me gustaban, quizá por su aspecto maternales, que despida una inquietud de protección hacia mí. Quizás esa seguridad que desprendía en su forma de hablar y atender a los clientes era, en verdad, lo que a mi me atraía, siempre nos atrae aquello de lo que carecemos con mayor defecto. Como yo miraba sus oceánicos ojos con cierta resistencia, ella me preguntó *¿qué miras?*. Por primera vez vencí mi timidez, *pues qué voy a mirar que es usted la mujer más guapa del mundo*. Ella no se calló *como se entre mi marido no le va a gustar*, y así quedó cerrada

nuestra primera y atrevida, por mi parte, conversación. En aquella extraña y descontrolada reacción mía, llena de un inusual valor, me vi fuerte y seguro ante ella, por primera vez había perdido mi timidez ante las mujeres.

Luego supe que el señor que leía el Bolsín, era ni más ni menos que don Anastasio Ridruejo, asiduo visitante de la pastelería, director de la Caja de Ahorros de [...], el único dueño del dinero de los alcoyanos, prestamista de intereses prohibitivos, masón, déspota y favorecedor de los capitalistas, era un cerdo con todas sus letras y sus andares de marrano vistoso, acostumbrado su culo al cómodo sillón de su despacho. Ningún obrero era capaz de conseguir un empréstito aunque fuera huérfano y se muriera debajo de un puente. Los avales que pedía su Caja eran diez veces superior a lo que se pedía en préstamo, yo me pregunto que si se tiene más de lo que se va a pedir para qué se va a pedir, digo yo. El *Manco* le odiaba a muerte, cuando se quedó sin mano acudió a pedirle un préstamo para sacar adelante el sueño de un proyecto miserable: un kiosco de prensa, se lo denegó rotundamente, le dijo que la Caja de Ahorros no era el convento de las Justinianas. Sólo un golpe de fortuna o la herencia de un tío indiano son las únicas maneras que un obrero tiene para prosperar, mas cómo se empieza a prosperar desde cero, ¿quiero saber yo? Gran pregunta.

Aquella mañana también estaba en la pastelería Don Ricardo, Teniente Alcalde, con su traje gris perla, sentado al final del salón de la pastelería, pero alejado de Don Anastasio a quien le separaba una antigua y secreta enemistad, no quería ser uno más de los lameculos de Don Anastasio, que de por vida veía rodeado por una cuadrilla de deudores a plazo, tenía los ojos llorosos de la pólvora perfumada de los trabucos de las fiestas de San Jordán en un atmósfera que le pegaba al cielo. Eran fiestas y no recuerdo si de gigantes y cabezudos, la de la pólvora o la de moros y cristianos. Allí siempre son fiestas. Doña Clara y él se reían mucho, demasiado.

Y es que don Anastasio Ridruejo, podía ser más ambicioso, no conforme con el poder económico, buscaba el poder de la política: ser diputado en cortes o senador. Un incontrolado deseo lleva a todos los hombres ricos de mesas de ejecutivos a altares, a las Cortes, o sea, continuar en el proyecto hombre poderosa, con la continuidad del vicio de mandar: el poder en manos de los caciques. Pues no nos engañemos que los poderes establecidos por Montesquieu, -debían de aumentar el número de poderes, ahora lo encabeza el dinero, seguida del ejecutivo, el judicial y el legislativo. Se habían olvidado de un quinto poder, el de la fuerza del pueblo con

manifestaciones y huelgas, el esperar el día glorioso del sufragio universal y no por el de rentas. Algún día la gente se manifestará, hará huelgas libres, votará y la democracia en su más rígida desnudez imperará en España.

Se contaba que el Señor Anastasio veraneaba todo los Agosto en San Sebastián, en la Concha -una playa que dicen que tiene forma de arco del triunfo- con todo la familia, su esposa doña María Gomis, una dama valenciana de las auténticas con traje de fallera y todavía no había aprendido a hablar castellano ni falta que le hacía; y sobre todo su única hija Almudena, boba y con dieciséis años cono garantía, la flor de azahar en boca de un escarabajo. Meses después tuve tiempo de conocerla bien, me convertí en profesor particular a domicilio gracias a la recomendación y credenciales de Doña Clara, íntima amiga de Doña María Gomis, por las reuniones de los viernes en el rosario de la Iglesia de San Jordán, la misa de los domingo a las doce, custodias del rastrillo de Santa Teresa y cómo no, camareras de la Virgen de la Salud. En cambio, yo no podía soportar a Almudena, demasiado verde, demasiado masculina, demasiado presumida. Era como una princesa que se burla de su preceptor. Nos hablábamos de usted. Además hubiese sido una estupidez por mi parte seducirla. Cuando el estoque no entra en la suerte suprema, no entra y hay que resignarse a la voluntad de [...], y a mí me producía un sentimiento de lástima por su bobadas y no me salía ni siquiera una sola palabra de agrado. Toda nuestra relación era la del profesor y alumna sin resquebrajamiento de la disciplina.

Una mañana de domingo, en un arrebatada incontenible de amor le declaré mi secreta pasión a Doña Clara, palabras, que por otra parte, ella entendió como agradecimiento a la recomendación que me hizo para entra en casa de los Ridruejos, yo insistí en la sinceridad de mi corazón, ellas respondió: *estás como una cabra, cómo se te ocurre, te equivocas conmigo, olvidas que soy una mujer casada.* Interpuso al cuaternario de su marido, pero no sé qué [algo] me llegaba al corazón de que ella me quería. Insistí y lo estropee y nuestra relación se interrumpió por un tiempo. Sin embargo, meses después cambió respecto a mí. Una vez me preguntó con una sonrisa, *¿cuánto tiempo sin verte?*, admitía de nuevo una remota posibilidad de tener esperanzas, el tiempo no me importaba, yo la deseaba, quería poseerla, ser su incondicional amante ya que no podía ser su amigo. Un día en la trastienda conseguí darle un beso en el borde de la boca, y ella no varió la cabeza ni me dijo nada, notaba el calor de sus lívidos labios y el de

sus mejillas de yunque caliente. Nos habíamos enamorado. Ella se había enterado de mis actividades anarquistas, y no paraba de interesarse por ciertos asuntos muy puntuales y [...]

Por San Isidro, mi compañero y delegado el *Tintas* me llevó a las fiestas de Onil, por un antiguo sendero o atajo que según me dijo venía desde la Seo de Urgel, y a su vez desde centro Europa, posiblemente fuera una vía romana le comenté, pero él se encogió de hombros y arqueó la boca cerrada con un evidente gesto de ignorancia, tampoco a mi me importaba mucho que fuera romano o forestal. Desde Alcoy tomamos hacia el Oeste por Sierra Mariona una retorcida vereda que no llevó a la Font Roja, subimos una larga cuesta rodeada de encinar y pino carrasco, pasamos por Venteta Els Cuernos, La Capona, L'Arcá hasta llegar a Onil, villa que se halla al rescoldo de los vientos del poniente, desde el cerro se veía el valle de "El Marjal" cultivado de olivos y almendros. El abundante aire que hinchó nuestros pulmones por la Sierra de Onil, me dejó con la vista nublada pero eufórico con ganas de bromear y hablar con la gente que aquí habla valenciano, no era mi lengua materna puesto que soy oriundo de Teruel, pero la lengua del antiguo reino de Aragón me interesaba y con mucha dedicación aprendí a hablar y a escribir, aunque tenían algunas palabras que diferían en entonación a los de Alcoy.

Por el *Tintas* me enteré que en aquel barrido donde se celebraba la fiesta de San Isidro, la Placeta del Chorret, vivía una vieja y afamada quiromántica acertada en adivinaciones, a la cual consultaba muchas personas venidas de la comarca, en incluso de Valencia y Alicante. Ya que estaba allí, y aunque yo no creo en quirománticas, echadoras de cartas, astragalomanía u otras suertes de adivinación, me considero un hombre más bien pragmático. En cambio, entre burlas y risas entramos en la casa de la quiromántica el *Tintas* y yo, vivía en una habitación pequeña con olor a orines de gatos, la mujer usaba un pañuelo negro que le cubría la cabeza y le salía mucho por la frente de modo que no se le veía bien la cara. Le mostré las palmas de las manos. Cuando me tomó las manos, noté el cambio de temperatura de sus manos pasaron de frías a caliente, me susurró en valenciano, el *Tintas* me dijo que no hablaba castellano y él me ayudó a entenderla, primero confirmarme que si yo había llegado hasta ella era porque quería ver mi destino bueno o malo, le contesté que desde luego, se echó el velo hacia atrás y me hizo acercar a una venta de gruesos muros, me sentenció que si venían a ella muchos como yo, se moriría de hambre. Pero no entendía muy bien la precognición y ni quiso dar más explicaciones. Cuando al salir fui a dejarle un real, la voluntad, negó con la cabeza repetidas veces que me

llevara el dinero. Ahora, hoy, en esta celda, puedo comprender la precognición que tuvo la quiromántica de Onil al ver mis pálidas manos, lo que me quiso decir, sencillamente, es que iba a morir pronto, por ello, si era de costumbre no cobrar a los que le predecía una muerte cercana, ella se moriría de hambre.

5

DIA

16 JUNIO 1873.

CON MOTIVO DEL cumpleaños del cuaternario y azafranado don Sandalio Miranda el *Arquitecte*, celebró un baile con aperitivos en su casa de la calle Jaime I de Alcoy, edificio de silenciosas piedras con portal de arco con dovelas y escudo nobiliario en el dintel que advertía

que aquel alquimista procedía de una añeja familia alcoyana, cuyo árbol genealógico se perdería en los reinos de Aragón, pero nunca me interesó la heráldica ni la burguesía y menos la aristocracia. Yo, por ese tiempo, había ganado más que una simple amistad con doña Clara y su marido, por eso me invitaron a acudir a su fiesta, quizá nunca debí aceptar tal invitación, sobre todo, por lo que ocurrió terminado el baile, de no haber ocurrido lo que sucedió no merecería la pena recordar esta aciaga fiesta de cumpleaños. Me pregunté varias veces, casi dudando de la realidad, del motivo último por el que don Sandalio me había invitado, sí, a mí, a un sencillo profesor de matemáticas que frecuentaba la pastelería o fue por ser admirador de su mujer o por otra razón oculta. Era evidente que yo no pertenecía a su anillo de amistades, no pasaba desapercibido, más bien era de esa clase de amigos a los que se esconde como parte secreta en un baúl, que usas cuando te conviene, el viejo amigo molesto de nuestras vidas pasadas o testigo de nuestras ridículas anécdotas o nuestras bromas pesadas, pero que sin duda, a la hora del compromiso te dan de lado con excusas que son tan evidentemente absurdas que le escupirías a la cara.

Los veranos en Alcoy son cortos como un teorema perfecto o una ecuación de niños tímidos, el aire lo mismo te ofrecen su amistad con mucho calor al media día o te mata a pellizcos de frío por la noche, pero nunca hace calor asfixiante, las sierras periféricas y su altitud geográfica no le permiten gozar de un clima como otros pueblos de la costa, y así, sin predecir más el tiempo me arreglé mi barba perilla para eliminar ciertos vellos en los pómulos y en el cuello, de los rizados, de los que giran sobre sí mismo y se clavan en la piel. Con las manos aún húmedas por el agua de colonia, me coloqué un traje blanco de algodón a la moda con palomita blanca en la camisa, la levita quedaba para gente ya mayor, me acompañé de un sombrero de paja panamá o “canotier” con tono marfil rodeado de una banda de seda negra a su alrededor, recién comprado en la sombrería de la Plaza de España, para ir cubierto.

El palacete del Arquitecte, antigua herencia familiar, discutía su situación exacta haciendo esquina, en su interior disponía de un salón en la planta baja decorado con retratos de familia, muebles de caoba, cortinajes de terciopelo y lámparas nuevas de gas. El Arquitecte no hacía demostraciones de riqueza pero se le reconocía fortuna, evidencia que atrajo a Doña Clara al matrimonio, en cambio era un elegante vejstorio, alto, delgado y montado ya en el jinete de los sesenta y cinco años. Los cumplía ese mismo día. A pesar del trasto de los años, Don Luís

Miranda parecía que el baile era el único movimiento que su cuerpo conocía, su gran afición a bailar vals de la última moda, aprendidos de cuando vivió en París, se disfrutaban en Alcoy, ciudad muy propensa a las últimas modas musicales, con banda municipal de las más nombradas, sobran músicos, cuidadas y merecedoras de ser oídas los domingos en la plaza del Ayuntamiento.

Con cierta admiración y envidia, vi en la fiesta a cerca de cincuenta personas, gente muy distinguida, de elevada clase social, entre ellos al Alcalde y esposa, Don Anastasio con esposa e hija, el señor Cifuentes y su hijo, y sorprendentemente a Don Vicente Lafuente con María Avos acompañada de carabina, que al verme me miró con cierto recelo al aventurar que se lo contaría al *Tebas*, varias damas y jóvenes candidatas en un carrillo mientras un grupo de muchachos elegantes las miraban como seleccionando de antemano a cual de ella elegirían para bailar en cuanto empezara la música de un conjunto de cuerda de la banda del Ayuntamiento, que aprovechaban la ocasión para ganarse algún real extra. Todavía era el momento de los canapés, ponche, y algunas vistosos dulces especialidad de la pastelería Serpi;, yemas con almendras y crema. Una reunión casi familiar de unas veintena de amigos.

Doña Clara resplandecía embutida en un traje de seda rosa con bordados floreados dejando libre los hombros ricos en emociones y joyas, cuello largo de gacela que sostenía una hermosa cabeza con moño adornado de algunas perlas y plumas, unos movimientos tan femeninos como un cisne (hembra por supuesto), esa sonrisa que te dejaba inmóvil, sin que usara de sus depredadores ojos tan peligrosas como una manada de toros bravos, suelto, en su cuerpo todo está peligrosamente suelto. Y al mirarla tan lozana me acordaba de mis secretas y vergonzosas cartas anónimas, que menos mal, jamás se las envié, pues, sin lugar a la duda, hubiera perdido una imprescindible y vital amistad. Al instante de saludarla y como queriéndose desprender de mí y evitar la sospecha de una amistad demasiado íntima que luego diera que hablar, me presentó a su vez a un joven casi de mi edad, vanidoso y con un gesto forzado de no querer amistad.

Sin pensar en una manía frase poética que yo necesitaba, me salió espontáneamente la de que *en adelante a La Tierra la debería llamar Clara*. Yo creo que ella no me entendió pues no me dio respuesta ni con palabras ni con mohines, estaba muy preocupada en atender a sus invitados, en parecer amable e ingeniosa, más que sincera conmigo. Ese, más que desprecio un

tanto motivado por el momento, no oírme, casi cercano a la indiferencia o al despiste o a la seguridad de que yo le seguiría cortejando por la lógica de la impronta del enamoramiento, me dio la seguridad de un derecho: el de pedirle una cita posterior al convite.

–¿Se conocen?

El joven me tendió la mano blanda con cierta pregunta de duda de sentir escrúpulos.

–No creo, he estado mucho tiempo en Madrid.

–Carlos..., Carlos Verdú.

En cuanto Carlos terminó de escupir su apellido me cayó mal. Me fue antipático en seguida. Nunca soporté a lo "niñopapás", después le dije mi nombre imitando su orgullo.

–Severiano -pronuncié a secas, nunca añadido mi apellido, no me gusta, suena como almorrana, tengo miedo a que alguien se equivoque y me diga: ¡hola! señor almorrana.

Doña Clara se alejó con una sonrisa prestada para saludar a otros amigos, mientras nos dejaba el recuerdo perfumado de su presencia como si no se hubiera alejado, evadido de mis dedos, y olí mi mano para percibir su eterno olor a agua de rosas, esas rosas que deberían de cultivarse en un país oriental, en jardines de la mil y una noche, me deshice rápido de aquel joven burgués con el pretexto de tomar un ponche, compañía al que todavía no le había crecido ni el bigote, dando gracias a que no me persiguiera, y, con el ponche en la mano me acerqué al grupo de muchachas donde también realzaba su figura una apetecible adolescente: Almudena Ridruejo, alumna mía, acompañada de otras amigas que no dejaban de mirarme con el rabillo del ojo, como diciendo que hace este profesor aquí. *Lo ha invitado doña Clara*, murmuró una, sospechas y risitas.

Terminado el baile sobre las diez de la noche, con algunas bebidas de más que me habían puesto alegre, me acerqué a doña Clara interrumpiendo una conversación con Don Vicente Lafuente al que le oí decir que a los obreros habría que matarlos a todos por protestones, sigiloso le dejé a ella secreto recado en el oído: *después cuando don Sandalio se acueste vendré a verla*. Me despedí, salí a la calle y le di una vuelta al membrillo de casas sin apreciar que la luna me perseguía toda desplomada, hice tiempo para regresar, una o dos hora más o menos, vueltas y pensamientos que me hicieran regresar al palacete casa dispuesto a esperar el tiempo que hiciera falta esclavo de la puerta. El alumbrado público de gas me hacía refugiarme bajo un gran ficus, le daba vueltas coma burro a una noria, a los ojos no me venía ninguna luz de las ventanas de la

casa, me imaginé burlado, tremendamente engañado. Al momento se abrió su puerta, le di un silbido corto y suave, era ella, me vio y me hizo un ademán con la mano de que entrara dentro del palacete con escudo nobiliario.

–¿Has pasado frío? -me dijo con lastimada boca.

–No, hace buena noche. No podía renunciar a verte otra vez , están tan hermosa, tan copiosamente llena de reflejos...

–Calla -con un gesto recato femenino al sentirse adulada.

–A La Tierra deberían llamarla Clara -ahora si me había oído en evidente claridad.

En la semi oscuridad del salón, mientras éramos vigilado por una ventana a la que acudía el resplandor de un farol de gas, aquella frase aduladora parecía más universal que nunca, me agarró de la mano entrecruzando sus dedos con los míos en un único y fuerte puño y me llevó hasta el ángulo aún más oscuro del salón, su mano empezó a arder, mi descarado y no controlado deseo quedó libre, abracé a doña Clara por la cintura con la sensación imaginaria de posicionarme de su piel desnuda a través de las ropas y, no menos, apretados corpiños, la besé, sus labios ardían como sus manos en llama viva, en un millón de antorchas, el fuego ardían dentro de mí. Hubo un momento de sobeos y apretones llenos de mórbidos deseos lujuriosos, ocultos, hambriento de pellizcar el caliente pan, libre del miedo a ser descubiertos, no importaba el Alcoy nos viera. Sin temor a la culpa, en esos momentos, no me hubiera importado prender fuego al mundo, hacer ruinas el edificio de la moral hipócrita y absurda o hacer de la tierra un descampado, y luego, en compensación y si me lo pidiera volverla a levantar el mundo yo solo piedra a piedra, porque mi amor por ella no tenía alternativa, lo era todo o nada, acampar en el centro de la tinieblas hubiese sido más fácil. Besándonos acabamos sobre la alfombra de la biblioteca. Había conseguido curarme de mi impotencia sexual.

Sin esperarlo se encendió la luz de un candelabro y apareció la figura esperpéntica y lúgubre de su esposo que, en bata azul, desde lo alto de las escaleras, como si supiera de antemano nuestra furtiva cita, bajó hacia nosotros *me habían informado bien*, refunfuñó con su insoportable educación, como no podía ser de otra manera en él, al no disponer a mano de un guante para desafiarme, me marcó el traje con una gotas de cera caliente del candelabro, en su intención estaba el ofenderme tanto como para retarme a un duelo, pero yo sentí sobre mi piel el mismo calor que siente una res al aplicarle un hierro infernal en el costado. De inmediato pensé

en Don Vicente Lafuente como el chivato, fue como una insoportable iluminación. Él era quien estaba cerca de doña Clara cuando yo me acerqué para decirle al oído que volvería más tarde al palacete. Nadie más lo sabía.

Siete de la mañana. Rambla del Serpi, pistolas de duelo de un solo tiro, padrinos vestidos de luto y chisteras de enterradores por el honor de una dama. Mañana de luz clarísima y comestible, para mí tan triste como un mar al que le han robado todo su azul. El viejo disparó a darme, yo permanecí quieto, firme como un blanco fácil y deseoso de ser acertado, a veces al moverte por el miedo, no es el disparo sino es la casualidad quien te mata, rasguño en mi brazo derecho con lástima de traje de patéticas ceremonias, yo disparé casi al cielo no tenía nada personal contra don Sandalio. Dos disparos en la madrugada y cuentas saldadas. A pesar de todo no resultó satisfactorio para alguien.

Lo más triste y lamentable de aquellos días deplorables, no fue el duelo, sino el dolor, pues justo a la semana siguiente, doña Clara, mi Clara de amor por la que yo hubiese sido capaz de robarle el fuego a los dios, apareció estrangulada en la trastienda de la pastelería-cafetería, y además se habían ensañado con ella a golpes. Yo juré que daría con el asesino aunque tuviera que quemar todo Alcoy.

Mi primer sospechoso era su marido, el cual había abandonado Alcoy después de nuestro duelo, aunque también, es verdad, que pudo mandar a alguien que cumpliera el encargo. El entierro de doña Clara tuvo lugar en el cementerio de Onil, en el panteón familiar, hasta allí me trasladé para hablar con don Sandalio cara a cara, convencido que en sus gestos averiguaría si él tuvo algo que ver en su muerte, más no acudió, y eso aumentó en mí las sospechas, la duda de que no se hubiera enterado o que no acudiera a tiempo también pasó por mi cabeza.

La tristeza se convirtió para mí en rabia desatada, me propuse averiguar quién la asesinó con saña, y por qué razón tan asquerosa y repugnase crimen. Además de averiguar quién le dio el soplo de nuestra cita clandestina a su marido para que nos descubriera la noche del baile, tenía la férrea decisión de no pararme hasta encontrar al asesino, y fuera quien fuera lo mataría con mis propias manos. Me llené de odio. Culpaba a todo Alcoy, que en esos momentos se había convertido en mi más odiado enemigo. No supe aprender a vivir sin ella.

6

A FINALES DE JUNIO DE 1873

DESDE EL ASESINATO de doña Clara, yo rebosaba de un odio enfermizo, sospechaba de todo Alcoy. Me tenía que vengar de alguien. No podía dormir, comer, ni vivir. Necesitaba matar a alguien. Preparar un plan.

En unos pinos cerca de la Rambla del Río Guadalserpís donde acudían las putas baratas, para satisfacer a la mano obrera que demandaba carne de mujer para sosegar los instintos sexuales, y evadirse de la continuidad del trabajo, y probar algo que la esposa no les hiciera. Y es que, a pesar de todo, los obreros de Alcoy eran los mejor pagados, comparados únicamente con los sueldos en Cataluña, por eso se podían permitir ciertos vicios de la carne, muy mal visto por el cura Don Eulalio, que no directamente desde la nube sagrada del púlpito, pedestal de palabras, se lo recriminaba con parábolas.

Los ricos son como los insectos les irrita mucho que les corten el paso, y en la calle ni una palabra no te se ocurra pedirles algo, que te dirán que sí para evitarte, pero luego te mandarán

recado a la noche con un par de chulos. También tienen debilidades por debajo de la correa. A final de la calle Roger de Llauria, había una casa respetable de mujeres de la vida, o de citas de lujo, que así era como se llaman a estas damas cuando cobran un huevo por sus servicios, y a los que sólo podían acudir bolsillos saneados, clase alta y gente de chistera, escondidos en la noche como cuervos que señalan la casa donde la carne va a ser devorada por los buitres de cuello almidonado. Las juergas que se aparejaban en casa de la señora Socorro, alcahueta profesional y jubilada del ramo del orificio húmedo para desesperados, era vieja para romperse el badajo contra el borde de un lebrillo. La casa de la señora Socorro, no sólo era un lugar donde la carne se sometía a un socorrido ejercicio de templanza, sino además lugar de tertulia nocturna cuando los novios “formales” dejaban en sus casa a las novias formales. Yo no soy un santo, también estuve alguna que otra vez en aquella casa de lenocinio, invitado por supuesto, sin poderme permitir el amor mercenario con una chica de aquellas de la vida fácil, mi soldada interior no llegaba a tanto, pero si te podías tomar algunas copas de aguardiente en compañía femenina a la que le podías meter mano. Por otra parte pienso que cada cual puede hacer lo que quiera con su propio cuerpo.

Era lugar de escucha imprescindible, si querías conocer de la política más profunda que en el mismo Casino o que en la cafetería-pastelera Serpi se hablaba, pues con las copas de brandy, aguardiente o cantueso, se perdía el recato, el secreto y el pudor. No existe mejor fórmulas para hacer a un amigos íntimos que el de acostarse los dos con una puta. Allí se reunían por la noche más gente que en ninguna otra parte de la ciudad, todos juntos, desde los republicanos de orden y las monárquicos de desecho esperanzados alguna vez en que se restaurara la monarquía, más los hijos de las familias decentes; pero allí todos eran unos corderos bien manejados por las chicas de clase, por supuesto, en corselillos de ballenas y piernas al aire, al fin y al cabo ignorantes prostitutas, pues cobrar por hacer el amor es siempre una señal de necesidad, -cobrar peaje- para hacer el amor en francés y en turca si hacía falta, lo mejor hubiese sido gratis y voluntarias camaradas, de esa forma hubieren sido acólitas.

Rosita la *Rubia*, poseía la gracia de sus apretados dieciocho alegrías, generosa en carnes, hablaba francés a la hora de hacer el amor y otro idiomas tabúes, supimos que era asidua amante de Vicente Lafuente, ¡aleluya!, y se me abrió el instinto vengativo, debilidades que al final se pagan. La chica afrancesada, de piel clara y casi rubia lo sabía todo y cobraba un extra a parte de

lo que le podía corresponder por la alicuota -entre la habitación, ella y la información-. A don Vicente Lafuente no le bastaba con cortejar también a María Avos, sino que se tenía que desahogarse con fulanas recogedoras de náufragos del amor.

Una mañana del caluroso verano, un obrero de una fábrica de papel de fumar, encontró el cuerpo sin vida de Rosita la *Rubia* en el lecho herbáceo del Río Gudalserpis como si fuera una prostituta del barrio de los obreros de un tiro de revólver como una almendra en la sien izquierda de la cabeza, medio desnuda de obliquo para abajo, en un bolso llevaba tres duros de plata, la cual daba a entender que las causas del asesinato no habían sido el robo, y como una acusación irrefutable, le encontraron en la faltriquera una carta de amor vergonzoso firmada, sorprendentemente, por don Vicente Lafuente.

Cuando la noche del sábado Vicente Lafuente fue a la casa de la señora Socorro, y en cuanto pasaba por la calle Guadalet, se oyó gritar a Socorro en un tono delatador: "A ese, ese es", y una pareja de la Guardia Civil oculta en el portal de la casa lo detuvieron, acusándole de la muerte de Rosita la *Rubia*. Él negó rotundamente haber escrito esa carta a pesar de que la letra era como la suya, ganchuda y grande. Una debilidad como otra cualquiera. Escribir cartas obscenas de amor puede ser el mayor de los vicios, lo sé por experiencia. Y fue a la cárcel.

¿Qué abogado sería capaz de convencer al Juez de Primera Instancia e Instrucción que una carta de amor no era motivo para matar a una prostituta? Hablar desde la erótica de las cartas de amor era demasiado para un hombre forjado en las leyes, por ellas, Vicente Lafuente acabó con sus encantos de soltero en la cárcel sin fianza, para asegurar que se presentaría al juicio oral. Era hombre muerto, quién le iba a absorber. El *Tebas* y yo estábamos muy contentos de su infortunio.

En el Casino y en todos los bares era la comidilla de las conversaciones. Nadie se podía creer que don Vicente Lafuente, hombre rico y respetable, matara a Rosita la *Rubia*, una prostituta. Las mujeres no se hablaban de otra cosa, ¿por qué razón un hombre es capaz de matar a una prostituta?, se preguntaban, por sadismo, por chantaje, no encontraban la razón, cierto, que se le conocía como un soltero apetecible y un gran golfo, pero al ser rico se le veía más como una excentricidad, al que tiene se le disculpaba muchas faltas que a otros, de ser menos afortunados se le censuran.

La muerte de Rosita descubrió públicamente los amoríos de don Vicente con prostitutas y esa hizo que María Avos rompiera con él no ya por razones obvias, sino por imposición de don Facundo, que cada vez que se sacaban el tema se ponía más agrio que los melones de la tuerca, por esa yo creo que odió todavía más a lo *señoritinguis* de chistera y traje gris con botas de estameña elástica. De sospechar era que, El *Tebas*, había conseguido quedarse como único pretendiente de María Avos.

La enemistad entre el *Teba* y Don Vicente, oculta a la vista de muchos, pero evidente ante sus amigos, era causada por que los dos cortejaban a la candidata María Avos, el primero con gran discreción y con artes de encariñamiento, el segundo a golpe de calesas y vivistas a “El Algars”. Más de una vez los vi juntos en la casa de Don Facundo, discutir en pasillos o el jardín de las adelfas donde una fuente central era testigo mudo de sus miradas.

-La carta en poder de Rosita -me insinuaba mi abogado Anselmo Lorenzo- escrita supuestamente por Don Vicente Lafuente, la escribiste tú, ¿verdad?, dime la verdad.

-Muy inteligente deducción, es esa observación. La verdad es que sí que más da ya, si todo se ha perdido, la cuestión es que a ese cerdo lo metieron en la cárcel, y allí está, por oportunista y chivato.

-Lo he deducido, porque quien tiene el vicio de escribir poesía erótica y carta de amor como afrodisíaco, eres tú, me lo has dicho, tú mismo me has dicho que escribas cartas anónimas en la cama a Doña Clara que le mandabas. Esas cartas estarán en poder del Juzgado.

-Qué más da abogado Anselmo, si dentro de unos días me van a romper el cuello. Que me lo demuestren.

Pienso para mis adentro que sí sigue preguntando descubre la verdad.

-Lo importante es que don Vicente Lafuente está acabado y en la cárcel.

Yo sabía que a Rosita la mató *el Manco* de un tiro por inducción mía, pero no se lo voy a contar porque no hay secretos si lo saben dos. Con esta acusación era la única forma de apartarlo de las decisiones de la patronal y de su despotismo de empresario abusador de los obreros. Además cumplía mi venganza por chivato de la vida privada de los demás.

A PRIMEROS DE JULIO DE 1873

Por aquellas fechas, días antes del mitin en la Plaza de Toros, me hallaba mentalmente fuera de tono, lleno de odio y, a consecuencia de ese odio colmado de valor para actuar como un asesino, sin poder dejar de olvidarme del cuerpo de doña Clara apaleado y atacado por la muerte, y más aún, sabiendo libre al asesino o asesinos.

La angustia eterna a la necesidad de una venganza, tuvo su culminación cuando el día 9 de Julio escuché en el bar "Tolo" una conversación que me iba a descubrir un avance importante, ante mi incredulidad, presté atento oído a lo que sin sigilo hablaban un hombre sobre doña Clara. Le invité a unos vasos, me hice pasar por viajante de telas de paso por el pueblo, más tarde dimos un paseo por la puerta de Játiva, yo caminaba en silencio mientras escuchaba, le miraba por el rabillo del ojo. El hombre, vestido de negro con chistera parecía estar más interesado en hablar conmigo que yo con él, voraz en palabras me contó sin el recato de la discreción que, sin duda alguna, habían asesinado a doña Clara por espía que lo era del gran Maestro Patrón Matritense de la Logia, y sobre toda cuestión comercial o laboral que se movía en Alcoy. Cuestión sumamente nueva y difícil de creer, se trataba de una mujer casada dedicada a su pastelería y a su esposo, insistí para sacarle de su error.

-¿Quiere usted decir que aquí en Alcoy también hay masones –interrogué con cierta sorpresa.

-Pues claro que sí, hombre. ¿En qué mundo vive usted? ¿No sabía que ella pertenecía a la Orden de la Estrella Oriental, en la cual sólo entran madres, esposas, hermanas e hijas de maestros masones. Y que en realidad tienen casi más poder que los hombres. Ella tenía en su poder una lista de nombres que implicaban a la República en asuntos de corrupción política. Muchos millones que se han perdido y nadie sabe a dónde fueron.

Por dentro me llené de preguntas, jamás había visto a un tipo tan ligera de boca, el hombre prototipo a quien cualquier día se le mandan flores el día de los difuntos.

-Qué relación de parentesco tenía ella con un maestro masón.

- ¿Usted, ya lo sabe?, ella era la esposa del Maestro Perfecto de Alcoy don Sandalio Miranda el *Arquitecte*. La pastelería era como una tapadera o una central de espías, para enterarse de los trapicheos del Ayuntamiento, intermediarios para la concesión de obras y servicios, informes de las pujas, actividades obreras, etc. Ella filtraba con el Ayuntamiento en Pleno. Por eso la mataron.

-Quieres decir que la mataron por espía industrial, -movió la cabeza como suponiéndolo.

¿Su marido?, -pregunté...

-No, no, su marido no,

-¿Si no fue su marido? ¿Entonces quién? ¿Cómo sabes toda esta historia con tanto detalle?

-Gente profesional contratada por el Ayuntamiento.

-A usted no le importa quién mató a doña Clara, ¿verdad?, sino que guardó en su poder tan importante como para valer su vida.

-Usted debe saberlo, no me engaña diciendo que es agente de telas, se batió en duelo con su marido, ¿o no? Le entregó ella algún documento antes de morir. No me puede negar, que usted, tenía con ella, cómo diría..., una cierta relación de afecto íntimo.

-No me diga, pues soy el primero en saberlo. Ella no me dejó nada para que lo sepa. ¿Pero bueno usted quien es?

-Soy detective privado contratado por el señor Sandalio.

-Lo dudo mucho.

Aquí dejamos la conversación, al entender que a él le importaba más el paradero de ciertos documentos compro-metedores que descubrir a su asesino. Me tenía que poner a investigar de nuevo sobre las increíbles acusaciones oídas sobre doña Clara, aquel tipo astuto, sabedor de que yo me había batido en duelo con el *Arquitecte*, más otras intimidaciones, me contaba todo eso o me buscaba para sonsacarme, de mis actividades anarquistas, o por lo contrario, si yo conocía al autor de la muerte de doña Clara. Me encontraba desconcertado, no acertaba a entender nada. Así que me propuso hablar con el don Ricardo el teniente alcalde, asiduo de la pastelería, él debería saber algo. Cuando me lo crucé en la calle en la calle se negó a hablar conmigo con un

silencio que le inculpaba, y pensé para mí, no te preocupes llegará el día de tu hora. Más de un cabrón, lo va a pagar. ¡Por éstas!, y juré con ganas.

Todo el mundo en España sabe que el extranjero Amadeo I de Saboya renunció a la Corona de España el día 11 de Febrero de 1873, y ese mismo día se proclamó la República por 258 votos a favor y 32 en contra, pero la gran ocasión de los trabajadores para proclamar el Cantón Independiente de Aloya se presentó durante la fuga a Francia de Don Estanislao Figueras, primer Presidente de la República, hombre débil que no supo afrontar las críticas de la oposición, para este menester, un político debe saber dar capotazos a los toros con resabios y aislarse en su jaula de cristal. Con la propiedad y la industria en nuestras manos seríamos autosuficientes, nos ayudaría el recién proclamado Cantón de Cartagena o el de Valencia. Queríamos ser libres, había que empezar por ser autonómicos, sin la carga de tantos políticos, curas, ejército y funcionarios dependientes de la corrupción del “ombligocentro” de Madrid donde ya no había Gobierno ni lo necesitábamos, le sucedió Don Francisco Pi y Margal partidario del federalismo, una hoja de parra cubriendo un monstruo.

Había llegado el momento de la acción, nuestro esperado momento. Estaba tan lleno de odio que sería eterno si ardiera por dentro. El día 7 de Julio en una Asamblea en la Plaza de Toros de Alcoy di un apasionado mitin de rebelión, acordamos una huelga general, pero primero tomar el Ayuntamiento como punto vital de mando, las fábricas, unir a los obreros que estaban acostumbrándose al funcionamiento de las huelgas, pues ya desde Abril durante las fiestas de Moros y Cristianos se venían haciendo huelgas sectoriales sin un consenso común por los distintos gremios. Aquella tarde memorable fuimos capaces de convocar a unos quinientos obreros de todos los gremios en aquel ruedo ibérico de sangre y arena la mejor tracción hispana: la lucha por el poder. Se nos unirían algunos carlistas. Aquel discurso lleno de verdad y pasión, que pronuncié el día 7 de Julio en la Plaza de Toros lo guardo todavía en mi memoria:

Compañeros, gracias por asistir:

Un cambio inesperado en la política de la clase media ha producido una transformación en el nombre de la sinrazón burguesa a consecuencia del estado ruinoso de la Hacienda y de la guerra civil con los carlistas.

El resultado de esta política burguesa ha sido la caída de Amadeo y la proclamación de la República por los mismos monárquicos. Nosotros hemos visto con satisfacción el cambio de modelo político porque la república es el último baluarte de la burguesía, la última trinchera de los explotadores del fruto de nuestro trabajo.... La emancipación política y económica debe ser obra de los trabajadores, los eternos soldados del progreso, en todos los tiempos han derramado su sangre para la conquista de los derechos políticos y la regeneración de los esclavos. Nuestro deber es marchar siempre adelante, sin detenerse en el camino de la revolución, pasando por encima de todos los obstáculos. Prevenidos debemos estar contra todos aquellos, llámense republicanos a socialistas, que procuran retardar el advenimiento de la justicia, adormeciendo y satisfechos con paliativos a la clase trabajadora para que no continúe con vigor en la marcha revolucionaria...

Somos amantes de la libertad completa del individuo y de la autonomía de las federaciones y secciones... no queremos ser instigadores de nuestros hermanos los obreros, su emancipación es obra de los trabajadores mismos...

Es importante que continúen las Asambleas de trabajadores de todos los oficios para discutir la línea de conducta que conviene llevar, queremos el triunfo de la revolución social y termine la infame explotación del hombre por el hombre. Los acuerdos adoptados en el Congreso de Córdoba son necesarios: rebaja en las horas de trabajo, descanso semanal, autonomía de los municipios, de las comunas libres, descentralización, con objeto de alcanzar el bienestar y felicidad de todos los humanos. Queremos la enseñanza integral, la destrucción de todos los privilegios y monopolios, todo es nuestro y nada se nos dará si no lo arrancamos de los que injustamente lo poseen.

Es preciso el triunfo del anarquismo, o sea la destrucción de toda autoridad. y un mundo donde NO HABRÁ independencia de todo poder autoritario, No queremos PAPAS. NI BURGUESIA, NI ABOGADOS, NI JUECES, NI ESCRIBANOS, NI POLÍTICOS; solo una libre asociación agrícola e Industrial de obreros. Todo esto lo conseguiremos por medio de la solidaridad en la acción revolucionaria...

Aplausos.

Tras las intervenciones de varios oradores que habían venido desde Valencia y Córdoba se acordó por unanimidad la huelga general en Alcoy para del día 9 de Julio. Privadamente nos reunimos en la enfermería de la plaza de Toros para organizar grupos, uno para ocupar el Ayuntamiento desde donde proclamaríamos el Cantón de Alcoy. Otros cortar las acceso a la ciudad con barricadas impidiendo toda entradas a salidas de personas descontroladas y enemigos por sorpresa. Otros tomarían las industrias, cada oficial se haría cargo de la administración de su fábrica, un problema iba a ser la Real Fábrica de Paños custodiada siempre por una pareja de la Guardia Civil. Yo junto a "*El Tebas*" y "*El Tintas*" algunos obreros formaríamos el grupo armado que se haría cargo del Ayuntamiento a primeras horas de la mañana, y así bloquearíamos el telégrafo, secuestraríamos al alcalde y a los concejales.

Cuanto quisimos entrar en el Ayuntamiento en la mañana del día 9 de Julio, la puerta estaba atrancada como la de una fortaleza, sospechábamos que alguien se había chivado y los había prevenidos. Llamamos a más compañeros para derribar la puerta, sin mediar muchas palabras "*EL Tintas*", descorchó una botella de petróleo de las usadas en la imprenta para limpieza de lo tipos y prendió fuego debajo de la doble puerta con protectores de clavos, las llamas sucedieron a una fuerte explosión continuaron su ascendente marcha hacia las ventanas, resistían los funcionarios numantinamente el humo y el fuego exterior, el fuego como lo único capaz de hace salir a las alimañas. Dentro del edificio consistorial resistía el propio Alcalde, el Teniente de Alcalde y algunos concejales, algunos funcionarios quisieron salir. Luego se defendieron con tiros desde las ventanas del Ayuntamiento, un disparo alcanzó a uno de los obreros de la textil, la masa exaltada, como locos de furia y sed de venganza, marcharon a buscar en la ciudad a los empresarios y caciques de Alcoy, pero ya no había control, nadie recibía órdenes, las barricadas bloquearon la ciudad y mucha gente salió a la calle con trabucos de fiestas atacados con clavos y tornillos..

Mi venganza de sangre se cumplía fugazmente, pues el consistorio ardía a placer como una hoguera de represalia, ya sin ningún control, tras una segunda explosión (allí dentro había más madera vieja y seca que en la Font Roja), saltaron por las ventanas del primer piso algunos funcionarios con sus gorras y manguitos de oficinistas, pero ni el Alcalde ni el Teniente de Alcalde fueron capaces de salir a combatir cuerpo a cuerpo, preferían morir inmolados como defensores de una fortaleza de ideas republicanas y así fue como perecieron dentro.

Quinientos obreros llenos de sed de justicia y de libertad corrían por las calles llenos de gritos y de un júbilo de poder, algunos se defendían de los disparos de las escopetas de caza situadas en las azoteas y ventanas de las casas de algunos caciques, a los tiros se respondió con fuego de petróleo en los portales, quemando las casas desde donde nos acibillaban a tiros, otros corrían peligrosamente por los tejados, las barricadas se incendiaron para impedir el paso del las escasas fuerzas del orden, cierre de la carretera general, desalojo del telégrafos y la estación de ferrocarril.

Aunque dentro de unos días me pongan el garrote vil al cuello me sentiré satisfecho, la huelga valió la pena, los empresarios han subido el sueldo y han rebajado las horas de trabajo, ¿por qué no aceptaron por las buenas?, aunque hayan detenido y torturado a muchos de nuestros obreros. Nada se gana sin lucha. La lucha es dolor, pero, casi siempre, acaba en victoria. Los patrones quieren siervos no obreros. Ganar fortunas para lapidarlas en casinos. Lo que no se puede es vivir de rodillas ante la tiranía, el patrón explotador, la injusticia social, los latifundios y ante la República de unos pocos.

NOTA.- FALTAN CAPÍTULOS....

